

BERNARDO GÁLVEZ Y LA INTERVENCIÓN DECISIVA DE LA CORONA DE ESPAÑA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA DE LOS EE.UU. DE NORTEAMÉRICA

Guillermo CALLEJA LEAL¹

PRIMERA PARTE: LOS ANTECEDENTES DE GÁLVEZ (1746-1779)

Sus orígenes: los Gálvez, una familia muy influyente

BERNARDO de Gálvez, gobernador de Luisiana y Florida y sucesor de su padre Matías de Gálvez en el gobierno del virreinato de Nueva España (Méjico), ocupa un lugar muy relevante en la historia de la guerra de la Independencia de los EE.UU. de Norteamérica por derecho propio, porque fue uno de sus protagonistas principales junto con el marqués de La Fayette y el propio general George Washington. Su popularidad fue allí tan grande que Oliver Pollock, agente del Congreso Continental en Nueva Orleans, llegó a solicitar (aunque sin éxito) que su retrato figurase en el Independence Hall o Capitolio Federal, en Filadelfia, junto a los de otros extranjeros que también contribuyeron a forjar la independencia, y expresó su admiración hacia él con estas elogiosas palabras: «...para así perpetrar vuestra memoria en los Estados Unidos de América, ya que siendo en vuestra sublime nación un gran soldado é

¹ Doctor en Geografía e Historia.

caballero, habéis prestado un singular servicio a la gloriosa consecución de la libertad...»².

Nuestro personaje nació en el seno de una ilustre familia de Macharaviaya, una pequeña villa malagueña de cincuenta y siete viviendas dedicada al cultivo de los viñedos que la rodeaban. Los Gálvez tuvieron un solar originario y señorío primitivo a una legua de la villa de Guernica, y su escudo de armas consistía en un campo de oro con un roble de sinople cruzado de dos lobos de sable, motivos heráldicos por tanto típicamente vizcaínos.

Su padre, Matías de Gálvez y Gallardo, nacido en 1717, tuvo una brillante carrera en la milicia, desde cadete a teniente general; pero alternó sus cargos militares con ocupaciones políticas. Graduado de comandante, el rey le nombró gobernador general de las islas Canarias; y años más tarde, siendo comandante general de la Nueva España y Guatemala (1779-1783), conquistó las fortalezas de San Fernando de Omoa y San Juan de Nicaragua, distinguiéndose también en otras operaciones bélicas contra Inglaterra. Su trayectoria culminó en 1783 al recibir el nombramiento de virrey de la Nueva España.

Su tío José de Gálvez nació en 1729 y fue un prestigioso abogado de la facción «golilla» que desempeñó altos cargos en el gobierno³. Siendo letrado en la embajada de España en París, conoció allí en 1761 al marqués de Grimaldi, entonces embajador, quien había sido enviado por Carlos III para negociar el «Tercer Pacto de Familia» (15-08-1761), por el que España entró en la guerra de los Siete Años como aliada de Francia. Al poco de conocerle, Grimaldi apreció su gran valía y le hizo secretario suyo.

Cuando Grimaldi firmó el tratado de Versalles (10-02-1763), que puso término a la guerra, el rey le nombró ministro de estado. En consecuencia, José de Gálvez decidió regresar a España. Más tarde, tras ser alcalde de Casa y Corte, marchó al virreinato de la Nueva España como visitador general (1765-

² SERNA, Blanca de la: «Bernardo de Gálvez. Héroe de la independencia de los Estados Unidos», en *Mundo Hispánico*, n.º 339, junio, 1976, p. 55. Poco después, el irlandés-norteamericano Oliver Pollock será nombrado cónsul en La Habana.

³ Sin que pueda hablarse de «partidos políticos» definidos en el reinado de Carlos III, dentro del sector reformista hubo una fracción ilustrada pre-liberal de la vieja alta nobleza, bajo la dirección del genial conde de Aranda, que se ha llamado «partido aragonés», y la fracción de los «golillas», llamados así por una parte de su indumentaria oficial. Estos «golillas» (como José de Gálvez), dirigidos por Floridablanca, eran jóvenes juristas o pertenecientes a la carrera administrativa, salidos de la escuela de los reformistas franceses y que llegaron con Felipe V, que se sentían unidos por experiencias personales durante su formación o carrera y/o paisanaje. Apoyaban una reforma del estado «desde arriba», esto es, por un monarca absoluto ilustrado.

1771)⁴, donde emprendió la reforma administrativa y fiscal, creó un ejército regular, expulsó a la Compañía de Jesús, mejoró el sistema esclavista y promovió las célebres expediciones evangélicas de Fray Junípero Serra a California. De regreso a España (1776), Carlos III le otorgó el hábito de la real orden de su nombre y le nombró ministro universal de Indias, cargo que desempeñó durante once años hasta el mismo día de su muerte (Aranjuez, 1787)⁵.

El rey también premió a José de Gálvez por su labor colosal como ministro concediéndole el título de marqués de Sonora. Entre sus numerosos e importantes servicios a la corona figuran el establecimiento de las rentas de tabaco y las ordenanzas de libre comercio, la recreación de la Real Compañía de Filipinas, innovaciones en la trata de esclavos africanos, la creación del régimen de intendencias de América y su interés en fundar el Archivo General de Indias.

Su tío Antonio de Gálvez no alcanzó la altura de sus hermanos Matías y José, aunque desempeñó el cargo de comandante general de las rentas de la bahía de Cádiz y le fue concedida la tan preciada venera de caballero de la orden de Carlos III.

Y finalmente, su tío Miguel de Gálvez, de formación jurídica, destacó como legislador y político. Fundó el Montepío de Socorro para Viudas y Huérfanos de Militares y desempeñó con gran éxito misiones importantes, primero como consejero de guerra y luego como diplomático. En 1788 fue nombrado ministro plenipotenciario en Prusia y más tarde en Rusia, logrando importantes convenios comerciales con ambos países. En San Petersburgo se distinguió por su prudencia y su gran habilidad como negociador, por lo que fue designado por Suecia y Rusia para que actuara de mediador y dictara las bases del acuerdo de paz que suscribieron ambas naciones⁶.

⁴ Desde 1764, el primer ministro Grimaldi, el ministro de Indias Arriaga y el ministro de Hacienda Esquilache se reunieron por orden de Carlos III para discutir las medidas pertinentes que deberían situar el imperio colonial con mejor preparación defensiva e incrementar el comercio con América. Dichas medidas (que siempre se cayeron) tocaron el sistema de impuestos en América y la administración fiscal. Además del envío de tropas regulares, del establecimiento de un servicio postal mensual con América y otros pasos para liberar el rígido sistema de la flota y el comercio, estos ministros enviaron inspectores generales con amplios poderes a los distintos virreinos americanos: los Visitadores Generales.

⁵ En política interior, Carlos III se decidió en 1776 por la fracción «golilla». Llamó a Floridablanca para primer ministro y nombró a José de Gálvez ministro de Indias. Gálvez organizó Hispanoamérica en una rápida secuencia: estableció el virreinato del Río de la Plata, al que se le añadió el Alto Perú, rico en metales preciosos; introdujo en 1778 el libre comercio entre casi todos los puertos españoles e hispanoamericanos, culminando los trabajos de liberación antes comenzados y, además, instituyó el sistema de intendentes provinciales, establecido en España por los monarcas anteriores. La máxima era: América, en mayor o menor parte, debía de ser administrada por las mismas reglas que España.

⁶ VÁZQUEZ DE ACUÑA, Isidoro: «El conde de Gálvez», en *Revista de Historia Militar*, año V, n.º 9. 1961, pp. 50-52.

Los primeros años

Bernardo Vicente Apolinar de Gálvez Gallardo y Ortega nació el 25 de julio de 1746 en la mencionada localidad de Macharaviaya. Educado bajo la férrea disciplina paterna, dispuso de los medios para medrar en la sociedad de su época pero, sintiendo con fuerza la vocación militar que había heredado de su padre, se decidió por la dura y rara vez bien recompensada carrera de las armas de entonces.

Ingresó en la Academia Militar de Ávila. Una vez terminados sus estudios, en 1762, salió como teniente de Infantería y marchó voluntario a la guerra de Portugal. A la vuelta de la campaña portuguesa regresó a su pueblo natal. Partió en 1765 hacia Méjico con el ejército de Juan de Villalba, y en la travesía estuvo a punto de ahogarse al naufragar frente a Tabasco. Una vez en la capital virreinal, contactó con su tío José y fue destinado al regimiento fijo de Infantería de la Corona.

En 1769, el virrey —marqués de Croix— le comisionó para que fuera a la comandancia de Nueva Vizcaya y quedara a las órdenes de Lope de Cuéllar, quien había formado cuatro compañías para combatir a las tribus apaches que asolaban la región. Así pues, el 11 de abril de 1769 se presentó en San Felipe de Chihuahua y ese mismo día fue nombrado capitán de una de las compañías mencionadas.

La campaña contra las tribus indias resultó un fracaso y Cuéllar fue relevado en 1770 por el propio Gálvez, que quedó al mando de la comandancia de Nueva Vizcaya, Sonora y Opatería. Pese a su juventud e inexperiencia en las guerras indias, muy pronto cosechó su primer triunfo militar y diplomático al firmar una alianza con los belicosos indios ópatas, comprometiéndose éstos a conservar la paz y prestar sus servicios en las guerras contra otras tribus enemigas de los españoles.

El 12 de octubre de 1770 Gálvez inició su primera campaña al frente de doscientos hombres a caballo, atravesando desiertos y soportando un tiempo desolador de fuertes lluvias e intenso frío. Cuando los españoles llegaron el 1 de noviembre a las orillas del Colorado (Tejas) se hallaban exhaustos y sin víveres. Tras aquella dura travesía sin haber visto a un solo indio, sus soldados se hallaban desmoralizados e incluso algunos sólo pensaban en desertar y regresar a Chihuahua.

Al día siguiente, Gálvez arengó a su tropa: «... *Compañeros míos: llegó el día de hacer el último esfuerzo para dar al mundo una prueba de nuestra constancia. Los fríos y los hielos ya veo con alegría sabéis resistirlos; el hambre, que es peor que todas las intemperies del tiempo, la veo a la vista, no por mi culpa, sino porque el cielo, con sus muchas aguas, nos ha perdi-*

do el bastimento. Nuestros enemigos, ignoro los días o meses que tardaremos en encontrarlos; volver a buscar qué comer es dar tiempo a que nos corten el rastro los indios, y después que seamos sentidos será imposible alcanzarlos. Irnos a Chihuahua con el sonrojo de haber gastado tiempo y dinero sin hacer nada, no es para quien tiene vergüenza, ni esta ignominia se acomoda a mi modo de pensar. Me iré solo si no hubiese quien me acompañe. Yo llevaré una cabellera para Chihuahua o cumpliré por uno y pagaré con mi vida el pan que he comido del rey. Éste es el camino de nuestra tierra: váyanse por él los que tuviesen el corazón débil y síganme los que quieren tener parte en mis gloriosas fatigas, en el supuesto de que nada puedo darles, sino es las gracias por esta fineza, que vivirá siempre en mi memoria y reconocimiento...»⁷.

Dicho esto, Gálvez espoleó su caballo y cruzó el Colorado seguido de todos sus hombres, quienes gritaron que irían con él hasta la muerte y que estarían dispuestos a comerse los caballos y las piedras antes de abandonarle. Por la tarde, sus espías de vanguardia vieron caballos paciendo y luego, por la noche, divisaron el campamento de los apaches. En la madrugada del día 3 de noviembre, antes de amanecer, los soldados se acercaron al campamento indio y tomaron posiciones. Después, todos se lanzaron al ataque al grito de ¡Santiago! En la lucha, veintiocho indígenas hallaron la muerte, treinta y seis cayeron prisioneros y tres lograron huir; en cuanto al botín, los españoles se adueñaron de doscientos cuatro caballos y más de dos mil pesos en pieles de bisonte y venado.

Esta primera campaña supuso la iniciación de Gálvez en las guerras fronterizas con los indios. Hubo después otras campañas y, en la última, Chihuahua fue atacada de improviso por los indios gileños. La guarnición partió en su persecución y Gálvez salió después para reunirse con sus hombres; pero ocurrió que tuvo que enfrentarse a cinco indios que le derribaron del caballo y, tras herirle de un flechazo en un brazo y ser alanceado dos veces en el pecho, le abandonaron dándole por muerto⁸.

Su tío José seguía como visitador general del virreinato, pero a finales de 1771 terminó su misión en Sonora por motivos de salud⁹. Antes de partir de regreso, solicitó al rey permiso para que su sobrino Bernardo fuera relevado en el mando de la comandancia y le acompañara en el viaje. Car-

⁷ VÁZQUEZ DE ACUÑA, 1961, pp. 54-55.

⁸ PORRAS MUÑOZ, Guillermo: *El conde de Gálvez*. C.S.I.C., Madrid, 1954, pp. 7-8. Bernardo de Gálvez escribió sus experiencias en su obra *Noticias y reflexiones sobre la guerra que las tropas españolas mantienen en la América contra los indios Apaches y otras naciones bárbaras*.

⁹ En 1771, Carlos III concedió a Bernardo de Gálvez el hábito de la Real y Distinguida Orden que lleva su nombre y fue armado Caballero Hijodalgo de la Nobleza de Madrid.

los III accedió a su petición y Gálvez marchó hacia Veracruz, no sin antes dejar en el colegio de San Gregorio de la capital virreinal a catorce indios prisioneros, demostrando con tal gesto ser partidario de que las conquistas con las armas debían ir siempre unidas a las del espíritu.

A mediados de 1772, Gálvez se hallaba en España y obtuvo permiso para marchar a Francia y perfeccionarse allí en ciencias militares. Pero el rey le llamó otra vez a España, en donde pasó tres años y se incorporó como capitán del regimiento de Infantería de Sevilla a las órdenes del general hispano-irlandés Alejandro de O'Reilly, conde de O'Reilly, en 1775. Con este cuerpo participó en el desembarco y ataque de la plaza de Argel, donde se distinguió por su arrojo y fue herido de gravedad; pero, aún así, permaneció al frente de su compañía de Cazadores. Desde entonces su justa fama heroica comenzó a crecer; y pese a que la campaña de Argel resultó un fracaso que después supondrá la caída de Grimaldi, Gálvez promocionó a teniente coronel por su gesta y fue destinado a la Escuela Militar de Ávila, donde permaneció durante un año.

LA LUISIANA

La revolución norteamericana durante el gobierno de don Luis de Unzaga

Tras la guerra de los Siete Años, España recuperó La Habana, de tanta importancia estratégica, por la paz de Versalles (o de París, 1763), aunque cedió la orilla izquierda del río de la Plata a Portugal y Las Floridas a Inglaterra, y no logró reconquistar Gibraltar y Menorca. Por otra parte, Francia entregó a España su inmensa Luisiana en compensación; no obstante, resultó ser una ganancia muy dudosa al convertirse España en vecina colonial y rival de Inglaterra en América del Norte.

La población mayoritaria de La Luisiana era indígena, mientras que su escasa población blanca era francesa y poco adicta a la corona de España. Esta nueva provincia española, que atravesaba una grave crisis política y económica, pasó a depender de la capitanía general de Cuba. Sus principales problemas eran el descontento de los colonos franceses por haber desplazado la moneda española a la francesa, y su negativa a convertirse en súbditos de Carlos III; las exportaciones peleteras antes habían tenido un gran mercado en Francia, pero no entonces en España; el comercio en general disminuyó por las limitaciones comerciales impuestas por las leyes de Indias; y, sobre todo, España había impuesto la política de cristianizar a los indígenas mientras que Francia había logrado atraerlos mediante el comer-

cio y regalos anuales. Por si fueran pocos tales problemas, la sublevación de Nueva Orleans de 1768 y las medidas represivas a las que tuvo que recurrir el mencionado general O'Reilly —como la deportación de los más levantiscos a las prisiones de la Habana— incrementaron aún más el resentimiento de la población.

Cuando el brigadier Luis de Unzaga reemplazó a O'Reilly en el gobierno de Luisiana (marzo de 1770), sólo disponía de noventa soldados para controlar tan inmenso territorio¹⁰. Por otra parte, desde Panzacola¹¹ a La Mobila, sobre el golfo de Méjico, hacia el norte a lo largo de las montañas Apalaches y de las montañas que se extienden hasta la ribera oriental del Misisipí, se hallaban los establecimientos comerciales británicos que franqueaban La Luisiana hasta Fort Pitt¹². El principal comerciante de Nueva Orleans era Oliver Pollock, irlandés-norteamericano que se había establecido en La Habana en tiempos de su dominación inglesa (1762-63); y aunque luego fue expulsado de la isla junto a otros extranjeros por el capitán general Bucarely, estuvo protegido por O'Reilly en Nueva Orleans, desde donde continuó traficando con La Habana, Charleston, San Agustín y Filadelfia. Como veremos, Pollock será un personaje clave de la intervención de España en la revolución norteamericana.

Pese a las enormes distancias y las dificultades de las comunicaciones en el valle del Misisipí, sus gentes se relacionaban entre sí aunque, por supuesto, los británicos, vencedores de franceses y de españoles en la recién pasada guerra de los Siete Años, gozaban de una posición hegemónica en la región. Pero lo curioso es que parecía como si nadie se percatara entonces de que Inglaterra había ganado la guerra con el apoyo que había recibido de sus Trece Colonias; y que éstas resultaban ser el contrapeso decisivo del dominio británico en la zona.

El gobernador Unzaga fomentó los cultivos, estableció factorías de pieles preciosas, fundó poblaciones en la vasta cuenca del Misisipí e impulsó el comercio con los indios; y, mientras tanto, conforme a instrucciones secretas recibidas de La Habana y de Madrid, mantuvo una neutralidad favorable hacia los colonos norteamericanos que se habían sublevado contra su metrópoli. Luego, con el paso del tiempo, los antiguos colonos franceses aceptaron por fin la dominación española y recibieron toda clase de

¹⁰ THOMSON, Buchanan Parker: *Ayuda española en la guerra de la independencia norteamericana*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1967, pp. 19-21.

¹¹ La ciudad y la bahía de Pensacola, en Florida, recibían entonces el nombre de Panzacola. Hemos optado por llamarla por su antiguo nombre español, que es el que figura en los documentos consultados.

¹² El fuerte Pitt, antes llamado Vincennes por los franceses, hoy es Pittsburg (Pennsylvania).

consideraciones por parte de Unzaga. Así, desde Nueva Orleans a San Luis (fundada en 1768), embarcaciones fluviales de unos cuatrocientos mercaderes, a vela o a golpe de remo, transportaban alimentos, ropas, licores, medicinas (como la tan preciada quinina), armas y municiones, y a su vez regresaban cargadas de pieles para la exportación. Por otra parte, también las expediciones seguían desde San Luis hasta Illinois, y los buques extranjeros subían por el Misisipí desde Nueva Orleans hasta Manchac, cerca de Baton-Rouge (Bute)¹³. Muchos de estos barcos eran británicos, teniendo las autoridades españolas que actuar con mucha cautela por la proximidad de las bases británicas de La Mobila y de Panzacola, dotadas éstas con fuertes guarniciones y navíos de guerra.

En EE.UU., el estallido del descontento popular vino precedido por la ley del Timbre o de Ingresos del Estado (Revenue Act), cuya protesta puede resumirse en la consigna «*¡Taxation without representation is tyranny!*» (¡Gravar con impuestos sin representación es tiranía!), clamada por los rebeldes; las «Leyes de Townshend»; la presencia de las tropas británicas en Boston; y la «Masacre de Boston»¹⁴.

Luego, en 1772, el hábil político Samuel Adams indujo a los ciudadanos de Boston a elegir un Comité de Correspondencia, cuya misión sería dar a conocer los derechos y los agravios de los esclavos; y muy pronto, el resto de las colonias organizó comités similares con propósitos análogos.

Como el té se importaba en las Trece Colonias a través de la compañía East India Company y era adquirido por los comerciantes mayoristas, en la noche del 16 de diciembre de 1773, Adams y un grupo de independentistas abordaron tres buques británicos que habían atracado en el muelle y arrojaron al mar su cargamento de té para impedir que los colonos aceptaran pagar el impuesto al adquirir el producto. El parlamento británico respondió con nuevas leyes que los colonos llamaron «Leyes de Coerción», entre las que figuraban la ley de Alojamiento de Tropa, la ley que ordenaba el cierre del puerto de Boston y la ley de Quebec.

¹³ Hoy Baton Rouge es la capital del estado de Luisiana. Su puerto fluvial sobre el Misisipí tuvo gran importancia en la lucha contra los británicos.

¹⁴ La «Ley de Ingresos del Estado», votada por el parlamento británico en 1767, dio facultades a la corona británica para gravar a las Trece Colonias. Se impusieron tasas sobre el vidrio, las pinturas, el papel y el té, y los rebeldes decían que la Ley «...tenía dientes en cada una de sus líneas...». Los «comisionados de impuestos y aduanas» eran jueces ingleses nombrados por el rey que tenían potestad sobre las legislaturas de los estados y los tribunales de la colonia. Además tenían facultades para expedir mandamientos (writs); practicar registros (en almacenes, fábricas, sótanos, tiendas y casas particulares), y ocupar y decomisar sumariamente, sin mayores trámites, los bienes escondidos para evadir los impuestos.

El 5 de septiembre de 1774, representantes de las Trece Colonias se reunieron en Filadelfia (Pennsylvania), donde se celebró el Primer Congreso Continental con el fin de discutir y deliberar los pasos necesarios para recobrar los derechos de las Trece Colonias, como también promover mejores relaciones con la corona británica. En este sentido, la primera propuesta acordada consistió en dirigir una carta a Jorge III y otra al pueblo inglés para exponer las quejas y solicitar el restablecimiento de los derechos de las colonias.

Pero luego, de las buenas palabras se pasaron a los hechos, pues el congreso acordó desobedecer las «Leyes de Coerción», boicotear la importación de productos ingleses hasta ser escuchados y crear «comités de seguridad e inspección» en cada localidad para emprender el boicot. Además, en varias resoluciones se destacó el derecho de los colonos a la vida, la libertad y la propiedad, como también el derecho de las legislaturas provinciales a tomar decisiones. Pero la decisión más trascendental del congreso fue la organización de una asociación continental que asumió el liderazgo de las colonias, instó a desobedecer la autoridad real y a proclamar la independencia, e inició el acopio de equipos militares y la movilización de la tropa. Así pues, podría decirse que los revolucionarios «cruzaron el Rubicón» y trazaron la línea divisoria: permanecer leal a Inglaterra o ser patriota. No hubo otra opción.

La reacción de la corona británica no se hizo esperar: se comprometió a prescindir de los impuestos «...por la tendencia manifiesta de subvertir los derechos y las libertades de los colonos...» si los representantes de las Colonias aceptaban contribuir a los gastos de la defensa del imperio y sufragar los gastos de un ejército británico dentro de las fronteras de las Trece Colonias. Aunque a su vez Jorge III, lejos de intentar aplacar el creciente descontento de los revolucionarios, les retó: «...la suerte está echada y las colonias no tienen más alternativa que someterse o vencer...»¹⁵.

El 19 de abril de 1775, el general británico Thomas Cage marchó a Concord para confiscar los pertrechos de guerra de una pequeña milicia de colonos. El capitán John Parker al frente de sesenta milicianos —de ahí que se llamaran «Hombres Minuto»— le salió al paso en los alrededores de Lexington y luego se retiró. Tal encuentro armado significó el inicio de la guerra. Luego, cuando Parker entró en Concord con sus tropas, fue recibido a tiros, produciéndose numerosas bajas entre sus hombres. Desde entonces se escuchó la palabra «independencia» desde New Hampshire hasta Georgia.

¹⁵ MACÍAS NÚÑEZ, Edison: «La independencia de Estados Unidos de Norteamérica». Ver en la bibliografía: Acta: *Coming to the Americas...*, pp. 193-194.

En abril de 1776, y por tanto cuando aún España era neutral, Unzaga dio refugio a varios buques norteamericanos perseguidos por buques de guerra ingleses. Sin duda, tal acción entrañó el peligro de una intervención militar británica que podría haber provocado la entrada de España en la guerra; no obstante, el gobernador español no hizo más que seguir las instrucciones precisas que había recibido de La Habana y de Madrid.

El 10 de mayo de 1776 el Segundo Congreso Continental, celebrado también en Filadelfia, dispuso el levantamiento del pueblo en armas, la aprobación de la independencia y el nombramiento del coronel George Washington como jefe supremo del Ejército. En su sesión del 7 de junio Richard Henry Lee proclamó «...*que estas colonias unidas son y tienen derecho de ser estados libres e independientes...*», y un comité de cinco miembros encabezado por Thomas Jefferson fue designado para elaborar una declaración formal. Más tarde, el 4 de julio de 1776, se proclamó la Declaración de Independencia.

Pero para poder materializar este nacimiento de EE.UU. como nación soberana e independiente, e implementar la revolución, los colonos necesitaban la ayuda exterior. Por eso, apenas comenzada la guerra, éstos enviaron a Europa al enciclopedista Benjamin Franklin y a los patriotas Silas Deani y Arthur Lee. Dichos comisionados hallaron en Francia y en España el terreno bien abonado, puesto que ambas potencias eran rivales de Inglaterra, tenían monarcas de la casa de Borbón en sus tronos respectivos y unidos por el Tercer Pacto de Familia, y estaban resentidas por su derrota en la guerra de los Siete Años. A Francia le había costado sus posesiones en Canadá y sus Antillas (salvo Martinica); y a España, ambas Floridas. Por tanto, España y Francia acogieron con sumo agrado la revolución norteamericana y se ofrecieron a colaborar, aunque adoptando en un principio una supuesta neutralidad.

Unos días después de la declaración de la independencia, Oliver Pollock, actuando ya como representante oficioso del congreso continental en Nueva Orleans, envió un memorial al gobernador de Luisiana, Unzaga, informándole con detalle que había recibido y atendido al capitán George Gibson, al teniente William Linn y a dieciséis soldados norteamericanos¹⁶, y que todos ellos disfrazados de comerciantes habían partido de Fort Pitt y navegado río abajo a través del Ohio y del Misisipí¹⁷. La misión de Gibson

¹⁶ El capitán Gibson era un jefe guerrillero del valle del Misisipí. El teniente Linn estaba a sus órdenes; no obstante, era muy díscolo y carecía también de escrúpulos. PORTELL-VILÁ, Herminio: *Los otros extranjeros en la revolución norteamericana*. Ediciones Universal, Miami, 1978, p. 154.

¹⁷ CAUGHNEY, John W.: *Bernardo de Gálvez in Louisiana: 1776-1783*. Pelican Publishing Co., Berkeley, 1972, pp. 86-87.

era muy delicada e importante, ya que tenía que entregar una carta del general Lee y otra del Committee on Safety de Virginia al gobernador de Luisiana, en las que se apelaba a la «generosidad de los españoles» («generosity of the Spaniards») «...*para que suministren los artículos de los cuales carecemos, que son mosquetes, mantas y drogas medicinales, especialmente la quinina...*»¹⁸.

De acuerdo con las instrucciones recibidas de Madrid y de La Habana, Unzaga accedió a tal petición de ayuda, que entregó a Linn y a Gibson mediante dos embarques por separado para mayor seguridad de los mismos.

Unzaga proporcionó al teniente Linn un buque con un cargamento de ;nueve mil libras de pólvora!, con el que marchó desde Nueva Orleáns hasta Fort Arkansas sin que los británicos pudieran interceptar el embarque desde su orilla del Misisipí. Una vez en Fort Arkansas, bajo la bandera española, los norteamericanos permanecieron a salvo con su valiosa carga durante todo el invierno de 1776-77 y prosiguieron después su marcha al Ohio (siempre protegidos). Por tanto, la pólvora española finalmente llegó a su destino y los norteamericanos la emplearon contra las tropas británicas¹⁹.

En cuanto al capitán Gibson, Unzaga urdió encarcelarlo por contrabandista para acallar las protestas airadas que los británicos enviaron desde Natchez, Mobila y Panzacola. Pero poco después le puso en libertad, le hizo entrega de otras mil libras de pólvora, armas diversas y muchos materiales útiles para la revolución y, para burlar la vigilancia de la flota inglesa, también le proporcionó un bergantín de Pollock que le condujo a Filadelfia. Una vez que se presentó ante el Congreso Continental, Gibson entregó unas cartas de respuesta para el general Charles Lee, el Congreso Continental y el Comité de Seguridad de Virginia²⁰, el valioso cargamento y una letra de cambio por las diez mil libras de pólvora «...*a pagar cuando se pudiera...*».

Los rebeldes sufrieron varios reveses militares en agosto, como su derrota en la famosa batalla de Long Island, en Nueva York; y luego la capitulación de su fuerte de la isla de Manhattan, que permanecerá en poder británico hasta el final de la guerra. Luego, en septiembre, el general Lee²¹ contactó con Unzaga desde Virginia para proponerle una acción militar con-

¹⁸ PORTELL-VILÁ, 1978, pp. 32-33. Sólo los españoles disponían de la valiosa quinina, no así los ingleses ni tampoco los rebeldes norteamericanos.

¹⁹ THOMSON, 1967, p. 56.

²⁰ En Virginia, el gobernador Edmund Pendleton fue relevado por el famoso Patrick Henry, quien insistió repetidas veces que resultaba necesario el apoyo español para expulsar a los británicos de las Floridas y del Valle del Misisipí.

²¹ Más tarde, el general Charles Lee, militar inglés al servicio del congreso continental, fue destituido por indisciplina y organizar complots.

junta contra las bases británicas de La Mobila y Panzacola, prometiéndole que todo el territorio de las dos Floridas pasaría a España²². Una propuesta de acción conjunta que luego caerá en el «olvido» a la hora de pasar a la acción, puesto que Gálvez, sucesor de Unzaga, tendrá que emprender sus campañas militares sin apoyo alguno por parte de los norteamericanos.

Pero cuando el mencionado comerciante Oliver Pollock decidió trabajar a favor de la independencia desde Nueva Orleáns, la ayuda española cobró entonces una inusitada gran importancia para la revolución norteamericana. Pollock actuaba como corresponsal de la Willing & Morris de Filadelfia, la casa comercial más importante de las Trece Colonias, y en la que uno de sus gerentes, Robert Morris, era miembro del Congreso Continental (llamado «el financiero de la revolución norteamericana» por sus compatriotas). Desde los inicios de la revolución, Pollock había comenzado a comerciar con las colonias sublevadas, aunque éstas carecían de dinero e incluso de productos para intercambiar, teniendo que solicitar créditos a los comerciantes y las autoridades españolas²³. Sin embargo, lo más importante para nosotros es que Pollock ayudó con eficacia a los independentistas norteamericanos porque tuvo la aprobación y el decidido apoyo de España, tanto en La Luisiana como en Cuba; y sobre todo, pese a que supuso una violación flagrante de la supuesta neutralidad de España en el conflicto, y a que pudo generar no pocos problemas con los ingleses²⁴.

En diciembre de 1776 las tropas del general William Howe estuvieron a punto de vencer a las fuerzas del general George Washington, pero una indecisión suya permitió que Washington reorganizara su ejército y cosechara dos importantes victorias: la toma de Fort Trenton (26-12-76), y su ataque fulgurante a Princeton (3-01-77). A fines de 1776 el general británico John Burgoyne planeó la invasión de Nueva York y de Nueva Inglaterra, pero no se produjo, aunque sí recibió algunos reveses y retrasó la marcha,

²² PORTELL-VILÁ, Herminio: *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*. Editorial Montero, La Habana, 1938, vol. I, p. 75.

²³ THOMSON, 1967, p. 21.

²⁴ Los gobernadores Luis de Unzaga y Bernardo de Gálvez, al igual que los capitanes generales el marqués de la Torre y Diego José Navarro, nunca cooperaron con Pollock ni ayudaron a la revolución norteamericana por simpatía o amistad personal. Lo hicieron porque el congreso continental constantemente pedía ayuda y de forma oficial a Cuba, a La Luisiana y a la propia España; y ellos, como representantes en La Habana y en Nueva Orleáns, se limitaron a seguir las instrucciones de su gobierno. Prueba de ello es el oficio que Gálvez envió a su tío José, el ministro de Indias (21-3-1777), comentando la real orden referente a prestar ayuda a los corsarios de las Trece Colonias e informándole que procedería «...sin tanta escrupulosidad en el asilo de los corsarios norteamericanos...». Luego Gálvez les venía ayudando por entonces, aunque con ciertas limitaciones. PORTELL-VILÁ, 1938, vol. I, p. 77.

permitiendo que las tropas norteamericanas del general Horacio Gates pusieran cerco a Saratoga (Nueva York), que durará hasta la rendición de Burgoyne (17-10-77).

Por otra parte, como veremos más adelante, los éxitos de George Clark contra los británicos y sus aliados indios de Illinois (que supondrán la futura formación del territorio del oeste para EE.UU.) serán posibles, en gran parte, gracias a la ayuda que España prestará en el valle del Misisipí. Además conviene destacar, y por encima de cualquier consideración, que precisamente el curso de la guerra empezó a ser favorable a los norteamericanos justo a partir del momento en que empezaron a recibir el apoyo directo de Gálvez, el próximo gobernador de Luisiana.

La diplomacia de Gálvez: generosidad con los ingleses y cooperación con los patriotas norteamericanos

Bernardo de Gálvez había llegado a Nueva Orleans en 1776 como coronel del regimiento fijo de La Luisiana. Pero poco después relevó a Unzaga como gobernador interino (1-01-77), con instrucciones precisas en diversos cometidos: formar censos de población; visitar los distritos provinciales (que incluían Nachitoches, Opelusas y Atacapas), informar sobre los puestos avanzados situados más allá del río Arkansas y prestar una especial atención a la frontera con los británicos; levantar mapas del Misisipí y de la costa desde la Baliza a la bahía del Espíritu Santo; admitir colonos extranjeros católicos que juraran lealtad a Carlos III; perseguir el contrabando con severos castigos a los infractores; promover el cultivo del tabaco; fomentar la amistad con los indios; organizar y disciplinar a las milicias provinciales; informar sobre el estado de la región, sus salinas, sus bosques abundantes y la circulación de la moneda española; y crear una red de espionaje eficaz en las colonias británicas de América del Norte²⁵.

El mismo día que tomó el mando de La Luisiana, Gálvez actuó con gran energía ordenando que fueran confiscados los once barcos contrabandistas ingleses que se hallaban en el Misisipí y también expulsados todos los súbditos británicos de La Luisiana. En represalia, el 21 de abril apareció de improviso la fragata británica Atlanta, cuyo capitán había protestado por la confiscación, y disparó unos cañonazos contra un buque español y otro francés, aunque luego se disculpó arguyendo que los había confundido con

²⁵ VÁZQUEZ DE ACUÑA, 1961, p.58.

barcos de norteamericanos rebeldes y añadió que los buques con pabellón británico podían navegar con libertad por el Misisipí según los acuerdos suscritos en la paz de Versalles (1763).

Aunque Gálvez alcanzará la gloria en sus campañas militares contra los ingleses, conviene reseñar que contribuyó de forma decisiva en el florecimiento de La Luisiana. Esto fue posible porque logró identificarse con los colonos franceses, en su mayoría criollos y católicos pues, a diferencia de sus antecesores en el gobierno (O'Reilly y Unzaga), conocía la lengua y las costumbres francesas y se casó con una criolla de Nueva Orleans²⁶. Entre otras muchas medidas, Gálvez puso especial empeño en intensificar la inmigración: en 1778 llevó a mil quinientos ochenta y dos canarios que fundaron varias poblaciones en el Misisipí; protegió a los refugiados ingleses y norteamericanos que en 1778 fundaron en su honor Galveztown (Ciudad de Gálvez), al noroeste de Nueva Orleans; y acogió a quinientos inmigrantes malagueños que fundaron Iberville en 1779.

Por otra parte, el propio curso de la insurrección norteamericana contra Inglaterra arrastrará a España a intervenir en el conflicto. Abundaban ya por entonces los incidentes entre las guarniciones fronterizas británicas y españolas, y siendo Gálvez consciente de que las tensiones crecientes entre España e Inglaterra y sus difíciles relaciones conducirían a una guerra próxima e inevitable, decidió tomar medidas urgentes: reforzó las principales defensas de su gobernación; ordenó construir tres lanchones con un cañón de dieciocho ó veinte libras en cada uno para controlar la entrada del Misisipí, y que por su escaso calado alcanzaban mayor velocidad y maniobrabilidad que cualquier barco; e incrementó el ejército regular hasta cubrir quinientas plazas y las milicias hasta mil, consiguiendo una fuerza reducida, aunque bien adiestrada, para combatir en cualquier momento y lugar si fuera necesario. Pero pese a tales preparativos bélicos, Gálvez mantuvo y fomentó una política de cordialidad y generosidad con los ingleses, al tiempo que colaboró y protegió a los rebeldes norteamericanos.

²⁶ Bernardo de Gálvez contrajo matrimonio el 2 de diciembre de 1777 con una dama criolla, Felicitas de Saint-Maxent, en la iglesia mayor de Nueva Orleans. Lo hizo «in articulo mortis» para cumplir su palabra, cuando una grave enfermedad le hizo temer por su vida. Su esposa era hija de Gilberto de Saint-Maxent, coronel de los Reales Ejércitos, gobernador de Nueva Orleans y comandante de las Milicias Blancas de la Luisiana; y por otra parte, había enviudado de Juan Bautista Honorato d'Estrehan, con quien tuvo a su hija Adelaida d'Estrehan y Saint-Maxent. Así pues, por matrimonio, Gálvez se emparentó con una familia oriunda de nobles casas de Brandenburgo que habían desempeñado funciones de alcurnia. Precisamente, su suegro le ayudó en el fomento de la inmigración, en el establecimiento de nuevas poblaciones y en la fundación de Galveztown en 1778.

Los barcos corsarios y mercantes de las Trece Colonias fondeaban en los puertos de Nueva Orleáns y de La Habana bajo la protección de la bandera española, donde no sólo compraban vituallas y material bélico, sino que lo hacían a crédito de alto riesgo, por la situación financiera ruinosa del Congreso Continental. Por tanto, se trataba de una concesión económica a los norteamericanos que suponía un reconocimiento implícito. También debe considerarse que si los buques de los rebeldes se hallaban seguros en La Habana de cualquier ataque británico, Nueva Orleáns carecía de fortalezas como las habaneras y no era una plaza de primer orden. Además, los buques británicos siempre se hallaban en las proximidades de Nueva Orleáns y solían visitar su puerto vigilando todos sus movimientos; y aunque los ingleses protestaron con insistencia por las facilidades y favores que recibían los rebeldes, sus quejas casi nunca fueron atendidas por el capitán general de Cuba, ni tampoco por el gobernador de La Luisiana.

Un buen ejemplo lo hallamos en 1777, cuando Gálvez dio refugio en Nueva Orleáns al buque corsario del capitán John Barry, el *Columbus*, y los británicos le enviaron su protesta. Se limitó a contestarles que su rey había concedido inmunidad en el Misisipí a todos los barcos norteamericanos y que no permitiría hostilidades: «...*Quienquiera que pelee en el río incurrirá en la desaprobación de mi soberano y de acuerdo con mi deber tendría que oponérmele con toda la extensión de mi poderío...*»²⁷. Tal respuesta de Gálvez prueba que ya por entonces la corona de España ayudaba a las Trece Colonias en su lucha por la independencia, como también que amenazaba de forma abierta a Inglaterra con la guerra si no dejaba tranquilos a los rebeldes en las posesiones españolas. Jamás Francia adoptó una postura tan firme como ésta a favor de los revolucionarios norteamericanos. Además, ¿qué hubiera sido de ellos, sobre todo desde Pennsylvania hasta Georgia, si los británicos hubieran tenido libertad para atacar sus buques, su comercio y sus factorías por la retaguardia, desde el otro lado de las montañas? Si los ingleses no se atrevieron a hacerlo fue porque sabían que España nunca lo consentiría y que supondría la declaración de guerra. Por otra parte, si bien España cooperó con la revolución antes de entrar en la guerra, Gálvez lo hizo especialmente con las expediciones de Clark y de Willing.

George Roger Clark era un colono de Virginia. En enero de 1778 obtuvo el nombramiento de coronel y permiso para crear un ejército de trescientos cincuenta soldados para atacar a los ingleses y a sus aliados indígenas. En junio del mismo año conquistó Fort Kaskasia sin disparar un solo

²⁷ PORTELL-VILÁ, 1978, p. 34.

tiro, en un brillante asalto por sorpresa; luego, tras varias argucias, tomó también los poblados de Cahokia y Vincennes del mismo modo. Por tanto, en menos de seis meses, Clark logró dominar toda la región al norte del Ohio. Pero su campaña sólo fue posible porque Gálvez la financió en gran parte y contribuyó al mantenimiento de sus tropas mediante el envío de Pollock con un cargamento de armas y suministros valorado en siete mil doscientos pesos y más de quinientas libras de pólvora²⁸.

La expedición de James Willing fue mucho más importante que la anterior, aunque menos conocida. El congreso continental había nombrado capitán a este comerciante de Natchez con la misión de apoderarse de todas las propiedades británicas del valle del Misisipí y se comportó como un verdadero forajido. Sus «hazañas» contra gentes pacíficas e indefensas consistieron en saquear y robar, asesinar; incendiar casas, sembrados y embarcaderos, y capturar esclavos y barcos.

Debido a sus incursiones, los pobladores británicos huyeron y abandonaron sus propiedades, refugiándose en territorio español. Gálvez les acogió con gran hospitalidad y a la mayoría de ellos les dio tierras para que pudieran establecerse, lo que contribuyó al desarrollo de La Luisiana²⁹. Pero además de ser generoso con estas pobres gentes, también lo fue con otros británicos, pues auxilió con ciento cincuenta barriles de harina a la población de Panzacola (que sólo disponía de pescado para alimentarse) y permitió que los buques ingleses navegaran el Misisipí y compraran ganado en los Opelusas.

Como contrapunto a su generosidad con los británicos, Gálvez fue asimismo hospitalario con los rebeldes norteamericanos. Cuando la escuadra de Willing, formada por varios lanchones y numerosa gente, atracó en el puerto de Nueva Orleáns en febrero de 1778, aquellos rebeldes fueron agasajados por el vecindario y se alojaron en un edificio público. Y eso no fue todo. Gálvez permitió que Pollock subastara las mercancías que Willing había robado a los británicos, recibiendo el capitán rebelde la cuantiosa suma de ¡un millón y medio de pesos!³⁰

Como era de esperar, los ingleses protestaron por la presencia de la flota de Willing en Nueva Orleáns y por aquella subasta que consideraron una

²⁸ ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL. Sección Estado. Leg. 3.884. En lo sucesivo, este archivo aparecerá con las siglas A.H.N.

²⁹ Con tal medida, Gálvez supo corresponder a los británicos, ya que los españoles de Pointe Coupé habían hallado asilo en Manchac cuando se quedaron sin hogares debido a una inundación.

³⁰ La enorme suma obtenida en esta subasta de Nueva Orleáns ofrece sólo una idea ligera de las actividades realizadas por Willing, puesto que el valor real de los bienes y propiedades destruidas y arrebatadas a los británicos fue muy superior.

provocación. Ante la situación que se creó y las numerosas reclamaciones de las víctimas del corsario rebelde, Gálvez no tuvo más remedio que demostrar su imparcialidad nombrando una comisión para estudiar los casos.

Pero Gálvez también intensificó su cordialidad con los ingleses para introducir espías en sus territorios, como sucedió en el caso del capitán Jacinto Panis. El 22 de febrero le envió con una caja de azúcar y una bota de vino de regalo para el gobernador de Panzacola, Peter Chester, encomendándole la supuesta misión de protestar por las desatenciones cometidas por las tropas británicas a los buques españoles en las lomas de Margot y Prudhomme, e intentar llegar a un acuerdo sobre los negros cimarrones³¹ que Chester se negó a negociar. Al pasar por La Mobila, Panis cumplió su verdadero cometido, que no era otro que realizar un informe y unos planos detallados sobre la población y las fortificaciones de La Mobila, que entregó con un proyecto minucioso para su conquista.

En el mes de marzo, el capitán Ferguson fue enviado a Nueva Orleans al mando de un buque de guerra para apoyar las reclamaciones de las víctimas de Willing. A través de su correspondencia con este comisionado inglés, Gálvez eludió con gran habilidad sus pretensiones y puso término al contencioso con el acuerdo siguiente: la restitución de las propiedades confiscadas por Willing en el río, entre Manchac y la Baliza; y establecer la frontera entre el territorio español y el británico al norte de Manchac, no siendo responsable de los desmanes cometidos fuera del territorio de su gobernación, salvo en el caso de que Inglaterra cediera todo el valle del Misisipí a España. Pese a las protestas de Willing, las barcas, las mercancías y los esclavos que había confiscado fueron restituidos a sus legítimos dueños.

Pero los problemas se agravaron con la llegada de otros navíos ingleses a Nueva Orleans. Gálvez temía ser atacado por cualquiera de los dos bandos contendientes, por lo que solicitó el envío urgente de tropas de refuerzo a La Habana y a Madrid, y a su vez envió al congreso de Filadelfia su queja formal por las numerosas complicaciones que le acarreaba la desagradable presencia de Willing. Finalmente, promulgó un edicto por el que los norteamericanos y los británicos quedaron obligados a prestar juramento de neutralidad o a salir de inmediato de la gobernación. En consecuencia, los buques ingleses abandonaron Nueva Orleans y Willing y sus hombres juraron la neutralidad para poder permanecer en La Luisiana.

³¹ Se llamaba negro cimarrón al esclavo negro furtivo.

Luego, las relaciones de Pollock y Gálvez con los norteamericanos se fueron enfriando por los gastos que éstos les ocasionaban y la situación incómoda que originaban las continuas demandas de los británicos. Las numerosas cartas que Pollock escribió al congreso de Filadelfia para que Willing y sus hombres abandonaran Nueva Orleáns reflejan hasta qué punto se deseaba su marcha; pero no resultaba nada fácil, puesto que los británicos les aguardaban en el río y en el mar. Gálvez pudo resolverlo dando un salvoconducto a las tropas de Willing para que pudieran salir por tierra, pero con la condición de que no molestaran a los pobladores británicos³².

SEGUNDA PARTE. ESPAÑA EN GUERRA CONTRA INGLATERRA (1779-1783) Y LA GESTA INMORTAL DE GÁLVEZ EN PANZACOLA

La guerra contra Inglaterra

El 17 de octubre de 1777 las tropas norteamericanas del general Gates vencieron a las británicas del general Burgoyne en Satagoga, pero como aún no se consolidaba la victoria final, EE.UU. buscó la alianza político-militar con Francia. Como vimos, Benjamin Franklin había sido enviado el año anterior a Francia para promocionar la causa norteamericana, consiguiendo el envío de barcos con material de guerra. El 6 de febrero de 1778, EE.UU. y Francia firmaron un tratado de Amistad y de Comercio y suscribieron también un tratado de Alianza durante la campaña militar.

Aunque con la intervención de Francia en la guerra se reducía la posibilidad de éxito de los británicos, éstos se hicieron fuertes en sus colonias del sur con la toma de Savannah (Georgia) y luego se dirigieron a Charleston³³. Aunque el general Gates al mando de una fuerza bisoña fue derrotado por las tropas del general Cornwallis, más tarde, a principios de 1781, los norteamericanos se tomarán la revancha con su victoria en Cowpens (Carolina del Sur).

El 12 de abril de 1779 se celebró la convención secreta de Aranjuez (extensión del Tercer Pacto de Familia de 1761), en la que España y Francia pactaron ayudarse de forma mutua y evitar hacer la paz por separado.

³² El capitán Willing decidió permanecer en Nueva Orleáns hasta que pudo embarcar hacia las colonias rebeldes. En la travesía fue capturado por buques británicos y conducido a Nueva York, donde permaneció encarcelado hasta el final de la guerra.

³³ Charleston era el puerto principal para el contrabando con los dominios españoles.

El genial conde de Aranda, Pedro Pablo Abarca y Bolea, que fue sin lugar a dudas la figura política más clarividente de la época (pese a que siempre se consideró un militar por encima de cualquier consideración) y entonces embajador en París, logró convencer a Carlos III que la ruptura de hostilidades resultaba necesaria ante las amenazas de los británicos sobre los territorios españoles en América del Norte y el resto de las plazas del Caribe y Centroamérica. En definitiva, había llegado el momento de tomar la ansiada revancha por la derrota en la guerra de los Siete Años y de saldar tantas afrentas sufridas. No obstante, la posición de Madrid no era en modo alguno la misma que la de Versalles, puesto que para la corona de España no resultaba tan sencillo reconocer a la nueva nación representada en Filadelfia, al poder extenderse la propia revolución norteamericana a algunos de sus propios territorios de ultramar. Además, en aquella época, las Trece Colonias habían conocido su época de mayor esplendor y las provincias españolas en América empezaban a tomar conciencia de su propia importancia política y económica.

Aunque los planes iniciales franco-españoles habían contemplado la invasión de Inglaterra, luego se anularon en contra de la opinión de España, cuyo objetivo prioritario en el teatro de operaciones europeo era reconquistar Gibraltar y Menorca.

El 16 de junio de 1779 España declaró la guerra a Inglaterra, tres años después de la declaración de independencia en Filadelfia. A finales de este año, una gran parte del ejército español se concentró en las provincias de Cádiz y Málaga, situándose en torno al peñón de Gibraltar, y en los años siguientes se intentará reconquistarlo mediante sitio formal (se reforzaron los efectivos hasta ¡cuarenta mil hombres!) y se realizará un ataque naval con baterías flotantes³⁴. Las tropas españolas empleadas, desde el mes de noviembre 1779 hasta el de abril de 1780, fueron las que exponemos a continuación:

- Regimientos de Infantería de Línea: Reales Guardias Españolas, Reales Guardias Valonas, Saboya, Murcia, Almería, Córdoba (sic), Zamora, Soria, Guadalajara, Princesa, Rey³⁵, y África.
- Regimientos de Infantería Ligera: Voluntarios de Aragón, 1.º de Voluntarios de Cataluña, 2º de Voluntarios de Cataluña y Compañía de Cadetes de Ocaña.

³⁴ Debido a las presiones francesas, el ataque con las baterías flotantes se hará de forma precipitada y fracasará. Inglaterra conservará Gibraltar mediante la paz firmada en Versalles el 30 de enero de 1793.

³⁵ En la actualidad, el regimiento de Infantería de Línea del Rey se llama Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey n.º 1.

- Regimientos de Caballería: Montesa, Borbón, Dragones de Pavía, Infante y Príncipe.
- Artillería: Regimiento del Real Cuerpo de Artillería y Artilleros de Valencia³⁶.

Al mismo tiempo se preparó en Cádiz otra expedición contra Menorca. Las fuerzas atacantes se componían de unos doce mil hombres de los ejércitos de España y Francia; y varios de los cuerpos españoles se retiraron del bloqueo de Gibraltar para participar en dicha expedición. Desde el mes de agosto de 1781 hasta el de febrero de 1782, éstos fueron los regimientos de Infantería de Línea que combatieron en Menorca:

- Regimientos de Infantería de Línea española: Saboya, Murcia, América, Burgos, Princesa, Ultonia, Betschart (suizo) y Releer (suizo).
- Regimientos de Infantería de Línea francesa: Bretagne, Lyonnais, Bouillon y Royal Suedois.

El 21 de agosto de 1781 la escuadra hispano-francesa llegó a la costa de Mahón, donde se alzaba el fuerte de San Felipe, principal defensa de la isla, y el 16 de febrero de 1782, tras seis meses de asedio, la guarnición británica por fin capituló.

Por otra parte, en cuanto a las posesiones ultramarinas españolas, la corona de España sufrió en América una nueva prueba de fuego. El sistema defensivo había sido diseñado en 1763, tras la toma de La Habana por los ingleses el año anterior³⁷, y estaba basado en los siguientes elementos:

- Unidades de dotación permanente: los regimientos fijos.
- Tropas de unidades locales: las milicias.
- Tropas veteranas de refuerzo enviadas desde la península.
- Fortificaciones en ciudades y puntos estratégicos.

El empleo de dichos elementos figuraba en unos documentos llamados Planes de Defensa, en los que se detallaban las amenazas de cada provincia y cómo contrarrestarlas³⁸. Pero tal sistema defensivo careció de hombres y dinero, como señaló el ministro de Indias, José de Gálvez: «...*El edificar todas las obras de fortificación que se proyectan en América como indis-*

³⁶ GARCÍA MARTÍN, Luis: «Gibraltar», en *Revista Científico-Militar*, Madrid, 1882-84. Fuente: *Diario del bloqueo de Gibraltar*. GUERRERO ACOSTA, José Manuel: «De las trincheras de Gibraltar a las arenas de Pensacola: el ejército español en la independencia de los Estados Unidos». Ver en la bibliografía final: Acta: *Coming to the Americas...*, p. 212.

³⁷ Para el estudio de la toma de La Habana puede consultarse la obra de O'DONNELL, Hugo y CALLEJA, Guillermo: *1762. La Habana Inglesa. La toma de La Habana por los ingleses*. Ediciones de Cultura Hispánica, Ministerio de Asuntos Exteriores, AECI, Madrid, 1999.

³⁸ El conde de Ricla, el conde de O'Reilly y el ingeniero Agustín Crame destacaron en este plan defensivo.

pensables, enviar las tropas que se piden para cubrir los parajes expuestos a invasión y completar las dotaciones de pertrechos de todas las plazas sería una empresa imposible aún cuando el Rey de España tuviese a su disposición todos los tesoros, los ejércitos y los almacenes de Europa... es menester que la disciplina y la pericia de los comandantes supla en gran parte su escasez...»³⁹.

Así pues, la defensa de las Indias españolas residió en fortalezas guarnecidas con escasa artillería, cuyas guarniciones estaban formadas por un puñado de soldados «fijos», veteranos y milicianos criollos españoles. Tales tropas, junto con los marinos y los buques de la Armada, cumplieron con eficacia su misión durante casi cincuenta años. Así, pese a la pérdida de Trinidad, se ganó La Florida, se derrotó en numerosas ocasiones a británicos y portugueses, se mantuvo intacta la frontera del norte y se dominaron las rebeliones indígenas en América del Sur.

Las operaciones desarrolladas en España durante la guerra de la Independencia de EE.UU., que son las que aquí nos interesan, pueden dividirse en tres grupos:

- Operaciones preliminares desde La Luisiana sobre el Misisipí.
- Expediciones para la conquista de La Florida (La Mobila y Panzacola).
- La reconquista de las plazas capturadas en la América Central (Islas Lucayas o Bahamas, Costa Rica y Guatemala) y la expedición contra Jamaica.

Por otra parte, conviene destacar que el regimiento fijo de Luisiana fue una de las unidades principales de la campaña militar que dirigió Gálvez en el valle del Misisipí y La Florida. Dicho cuerpo fue creado en 1769 para la guarnición de Nueva Orleans, tomando como base a los regimientos de refuerzo de Aragón y Guadalajara, que llegaron desde Cádiz vía La Habana.

Al principio, este regimiento había contado con un único batallón formado por una compañía de Granaderos y ocho de Fusileros. Pero Gálvez organizó en 1780 un segundo batallón similar al anterior con cuatrocientos ochenta y dos soldados voluntarios de Canarias y Cuba. Sus soldados guarnecieron todos los puestos españoles de la zona (San Luis de Illinois, Natchez, el fuerte de San Juan, Galveztown...). Su bandera llevaba el escudo español de La Luisiana y el lema de la unidad: Honor y Fidelidad; y su diseño se conserva en el Archivo General de Indias (Sevilla).

Junto con el regimiento fijo de Luisiana participaron también las milicias de Luisiana. Se componían de numerosas pequeñas unidades tipo com-

³⁹ GUERRERO ACOSTA, , pp. 200-201.

pañía, con las que formaban: el batallón de milicias de Nueva Orleans, la compañía de milicias de Artillería, la compañía de «Pardos» y la de «Morenos», las dos de «Costa de los Alemanes» y otras quince repartidas por todo el territorio (San Luis y Santa Genoveva de Ilinoia, Iberville, Valenzuela, Caahanose, Punta Cortada, Chetimaches...).

Tampoco puede olvidarse la participación de un contingente de indios aliados de las tribus Choctaw y Talapuez; aunque no tan numeroso como el de las tribus aliadas de los británicos (Creeks, Chickasaws y Cherokees). La colaboración de los indios aliados resultó muy valiosa, tanto en exploraciones como en descubiertas.

Inicios de la campaña militar. Gálvez toma la iniciativa

De Manchak a Natchez

Gálvez supo en 1779 que la guerra era inminente, pues sus espías habían interceptado cartas de los ingleses que lo aseguraban; como también que los británicos se estaban preparando para atacar Nueva Orleans, al haberse enterado de la llegada de cuatrocientos guardas valones a Fort Manchak.

El 8 de mayo, Gálvez fue ascendido a brigadier por su «...*delicadeza, actividad y decoro*...» y nombrado gobernador en propiedad de la provincia de La Luisiana. Días después, el 18, recibió una carta circular del gobierno de Madrid, dirigida a todos los gobiernos provinciales, por la que se le comunicó que la ruptura de hostilidades estaba muy próxima. En efecto, la declaración de guerra se realizó el 16 de junio de 1779, tres años después de la declaración de independencia de Filadelfia; aunque él, siempre responsable y previsor, había acelerado e incrementado los preparativos militares. El 13 de julio Gálvez convocó una junta de guerra formada por sus oficiales y les expuso la situación crítica de La Luisiana, pues las fuerzas militares inglesas estaban formadas por ochocientos soldados veteranos y las suyas por seiscientos soldados; pero de éstos, dos terceras partes eran reclutas que jamás habían combatido. Luego les mostró un mapa y señaló todos los puntos por donde Nueva Orleans podía ser atacada y tomada, para que propusieran las medidas que creyeran más oportunas. El plan acordado consistió en solicitar tropas de refuerzo a La Habana, concentrar todas las tropas disponibles en Nueva Orleans y construir cuatro reductos próximos a Manchak. Luego, cuando Gálvez recibió la declaración de guerra, guardó silencio para no alertar al enemigo, pero aceleró la concentración de sus efectivos para la ofensiva que iniciará el

23 de agosto⁴⁰. Aunque la junta de guerra había acordado preparar la defensa de la ciudad hasta recibir refuerzos, él decidió tomar la iniciativa cuanto antes en la campaña militar.

El 10 de agosto, un furioso huracán hundió casi toda la flota española del Misisipí, derribó numerosas viviendas en Nueva Orleans y destruyó las plantaciones cercanas; no obstante, a pesar de tan fatal contratiempo, Gálvez logró mantener la moral alta de sus aguerridas tropas. Pero como aquel huracán no causó daño alguno a los ingleses, creyó que tenía que atacar primero y más que nunca.

El 20 de agosto, Gálvez reunió a los vecinos de Nueva Orleans para informarles que estaban en guerra contra los ingleses y pedirles su apoyo: «...*No puedo tomar posesión de mi cargo sin antes jurar ante el cabildo que defenderé la provincia; pero, aunque yo estoy dispuesto a derramar hasta la última gota de mi sangre por La Luisiana y por mi rey, no puedo prestar un juramento que quizás tenga que violar, porque no sé si me ayudaréis a resistir los designios ambiciosos de los ingleses. ¿Qué decís? ¿Prestaré el juramento de gobernador? ¿Juraré defender La Luisiana?...*». Tras un aplauso unánime y atronador, un portavoz de los vecinos allí reunidos le respondió: «...*Tomad el juramento: por la defensa de La Luisiana y por el servicio del rey, os ofrecemos nuestra vida y ofreceríamos nuestra hacienda si algo nos quedara...*»⁴¹.

Con la adhesión del pueblo, Gálvez prosiguió los preparativos. Aquellas gentes se ofrecieron voluntarias para todo cuanto fuera menester y reflotaron los cuatro barcos y los diez cañones hundidos en el río por la tempestad. Pocos días después, aquella flotilla comenzó a remontar el Misisipí al mando de Julián Álvarez, y las fuerzas terrestres quedaron a las órdenes directas del propio Gálvez.

La columna de Gálvez estaba compuesta por quinientos ochenta y siete blancos, ochenta mulatos y negros libres, y ciento sesenta indios voluntarios. El día 27 de agosto de 1779 inició la dura marcha hacia Arcadia, sin tiendas ni bagajes, y una vez allí, numerosos voluntarios quisieron sumarse, pero sólo se alistaron seiscientos escogidos al azar. Aquel ejército estaba formado por españoles, franceses, arcadianos, gentes de color libres, indios y varios norteamericanos, sin ingeniero alguno y con un solo oficial de Arti-

⁴⁰ Bernardo de Gálvez tuvo que disminuir su ayuda a los norteamericanos al iniciar la campaña militar contra los ingleses. En varias acciones bélicas participaron algunos voluntarios norteamericanos, aunque en muy escaso número. Oliver Pollock le prestó una gran ayuda por su conocimiento de idiomas.

⁴¹ VÁZQUEZ DE ACUÑA, 1969, p. 61. CARLOS, Alfonso de: «Campañas de don Bernardo de Gálvez en la Luisiana y Florida», en *Mundo Hispánico*, n.º 339, junio, 1976, p. 58.

llería encargado de los diez cañones que una goleta y las lanchas cañoneras transportaron por el río. Gálvez se dirigió después hacia Fort Manchak, próximo a Baton-Rouge, con las siguientes tropas:

- Regimientos: Príncipe, España y Fijo de La Habana: ciento setenta hombres.
- Reclutas: 330 hombres.
- Voluntarios blancos y de color: seiscientos hombres.
- Carabineros de Nueva Orleans: veinte hombres.
- Negros y mulatos libres: ochenta hombres.
- Milicianos: doscientos veinte hombres.
- Norteamericanos: diez hombres⁴².

Pero debido a las penalidades que sufrieron sus hombres en su travesía a través de los bosques, por el cansancio de la marcha acelerada y las enfermedades, tan sólo logró llegar una tercera parte.

El día 29 de agosto, el ministro de Indias escribió unas instrucciones al capitán general de Cuba, Diego José Navarro, que habían sido ordenadas por Carlos III: «...*El rey ha determinado que el principal objeto de sus armas en América durante la guerra contra los ingleses sea el arrojarlos del seno mexicano y orillas del Misisipí...*»⁴³. Una semana después, Gálvez dará cumplimiento a las mismas.

El 7 de septiembre de 1779, al amanecer, las tropas de Gálvez tomaron al asalto y por sorpresa Fort Manchak, permaneciendo la tropa veterana formada en un paraje ventajoso para oponerse a cuatrocientos hombres del regimiento de Infantería n.º 3 de Waldeck, que dos días antes habían visto salir hacia Baton-Rouge con artillería y víveres. Por parte española no hubo baja alguna, haciéndose prisioneros al capitán del fuerte, un teniente y dieciocho soldados británicos.

Tras descansar seis días en Manchak, Gálvez marchó el día 13 con sus tropas a la conquista del fuerte de Baton-Rouge, al que llegaron sanos unos doscientos hombres. Dicho puesto británico estaba rodeado por un ancho y profundo foso, protegido por un grueso y alto muro y varias empalizadas, y defendido por trece piezas de artillería, trescientos setenta y cinco soldados regulares, ochenta granaderos y ciento cincuenta soldados de milicias blancos y negros.

⁴² CUBEÑAS PELUZZO, José Antonio: *Presencia española e hispánica en La Florida desde el descubrimiento hasta el bicentenario*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1978, p. 44. El autor ofrece la suma redondeada de mil cuatrocientos treinta hombres (la cifra exacta es mil cuatrocientos veintisiete); pero al igual que otros historiadores, no incluye a los indios aliados que marcharon como voluntarios. DE CARLOS, 1976, p. 58.

⁴³ GUERRERO ACOSTA, p. 202.

El día 20 de septiembre se efectuó un reconocimiento del fuerte, que abrió fuego contra las tropas españolas; pero Gálvez estimó que resultaba imposible tomarlo por asalto sin antes abrir brecha. Su decisión se debió, en gran parte, a que la mayoría de los soldados eran naturales del país y padres de familia, por lo que una victoria costosa causaría muchas bajas y llenaría de luto y pesar a toda la provincia. Por tanto, a pesar de que sus hombres le pidieron con insistencia el asalto inmediato del fuerte británico, desoyó su petición y se mantuvo firme en abrir primero brecha y emplazar las baterías.

Gálvez ordenó un falso ataque en la punta de un bosque cercano como maniobra de distracción, para cavar mientras tanto trincheras y formar baterías. Su plan resultó un éxito, pues mientras los británicos hacían fuego para repeler el supuesto ataque, los sitiadores formaron en silencio las baterías a tiro de fusil del fuerte sin ser hostilizados, justo detrás de la cerca de un huerto próximo. Cuando los británicos se dieron cuenta de la estratagema de los españoles, éstos se hallaban a cubierto de sus disparos.

En la alborada del 21 de septiembre, las baterías españolas, hábilmente emplazadas, abrieron fuego contra el fuerte de Baton-Rouge. Lo hicieron con tal acierto, que tres horas y media más tarde lograron desmantelarlo por completo, tras incendiar sus cuarteles y almacenes.

Los españoles escucharon toque de llamada procedente del fuerte y luego vieron salir a dos oficiales, quienes se dirigieron al campamento de Gálvez para ofrecerle propuestas de capitulación, pero él les contestó que sólo aceptaría la capitulación a cambio de la entrega de Fort Panmure, en Natchez, junto con su tropa, compuesta ésta por ochenta granaderos con sus oficiales. Además, les concedió una tregua de veinticuatro horas para que enterraran a sus numerosos caídos en combate y atendieran a sus heridos.

Al término de la tregua, el coronel Alex Dickson salió del fuerte al frente de la guarnición, formada por trescientos setenta y cinco hombres de tropa veterana, hasta la distancia de quinientos pasos, donde rindieron sus armas y entregaron sus banderas y bagajes en calidad de prisioneros de guerra. A los quinientos paisanos y negros libres, que aún permanecían con las armas en la mano, se les concedió la libertad por la dificultad que suponía custodiar a tanta gente.

Aquel mismo día, y conforme a lo acordado, el capitán Juan Delaville-beuvre partió hacia Natchez con cincuenta soldados y un mensajero del coronel Dickson para tomar posesión de Fort Panmure, el más ventajoso de todos los fuertes del Misisipí por estar muy bien guarnecido y disponer de una excelente posición estratégica. Poco después, el 5 de octubre, Fort Panmure capituló sin efectuarse ni un solo disparo. Sin duda, su conquista

hubiera resultado muy costosa para los españoles al hallarse construido sobre una altura de muy difícil acceso.

En menos de un mes de campaña, las fuerzas españolas del brigadier Bernardo de Gálvez tomaron tres fuertes británicos en la orilla oriental del Misisipí con toda su artillería, municiones y pertrechos, y también los puestos de Thompson y Amith. Hicieron quinientos cincuenta prisioneros de tropa reglada (entre ellos, el coronel comandante general de los establecimientos del Misisipí y veinte oficiales), ocho embarcaciones con provisiones y diferentes lanchas con más de cincuenta marineros, con sólo la pérdida de un hombre muerto y dos heridos en combate. Se trataron de breves encuentros armados o escaramuzas, aunque la victoria del audaz comandante español Vicente Rillieux fue espectacular.

Tras divisar un buque de transporte británico que se dirigía hacia Manchak, Rillieux se escondió con sus trece hombres en una alameda ribereña. Al pasar el barco, dispararon sus mosquetes a la vez y gritaron de tal modo que los ingleses creyeron verse rodeados por una fuerza enemiga muy superior, por lo que no se les ocurrió nada mejor que refugiarse en el interior del mismo. Sin pérdida de tiempo, Rillieux y sus hombres abordaron el barco y se limitaron a cerrar las puertas para dejarles encerrados. Aquella acción, en la que no hubo ninguna baja, supuso la captura de un buque y el apresamiento de cincuenta y seis soldados del regimiento de guardias valonas y doce marineros.

Todo el andamiaje colonial británico de la región se derrumbó por completo. La guarnición de Nueva Orleans, con sólo cincuenta soldados «fijos», custodió a los mencionados quinientos cincuenta soldados de tropa reglada y los veinte oficiales británicos como prisioneros de guerra, por lo que Gálvez tuvo que trasladarlos a La Habana con escala en Veracruz, al disponer dicha plaza de mejores locales y mayor seguridad para encarcelarlos en espera de un posible canje. Hasta entonces había pasado mucho tiempo sin que marineros y soldados británicos fueran derrotados de forma tan decisiva por los españoles, y las noticias de tales descalabros corrieron como un reguero de pólvora por las demás guarniciones británicas. Aunque los ingleses habían llegado a creer que los españoles trataban a sus prisioneros como «salvajes», comprobaron su error cuando el coronel Dickson escribió desde su cautiverio a su jefe, el general Campbell, atribuyendo a Gálvez el mérito de que sus soldados fueran «...tratados con las mayores atenciones y generosidad, no sólo por los oficiales, ya que también los soldados españoles parecen complacerse en ser amables y corteses con los prisioneros, en general...»⁴⁴.

⁴⁴ CAUGHEY, op. cit., p. 171.

En tan breve tiempo, Gálvez y sus auxiliares dominaron la cuenca baja del Misisipí, tras vencer de forma sucesiva a los ingleses, e impidieron sus planes de atacar a través del gran río desde el Canadá. Si antes de la guerra los territorios españoles se habían extendido al este del Misisipí hasta la confluencia del Ohio, las conquistas de San José y San Luis realizadas por Pourré (1780) los ampliaron con toda la ribera occidental; y por otra parte, españoles y norteamericanos compartieron sus dominios más al norte. En definitiva, las victorias militares permitieron a la corona de España incrementar sus dominios en más de quinientas leguas y en un territorio mucho más rico y fértil que la propia Luisiana, lo que le supuso a Gálvez su ascenso a brigadier. Pero aún quedaba mucho para expulsar a los ingleses de todas sus posesiones del golfo de Méjico y también de La Florida Occidental con sus dos poderosas bases navales: La Mobila y Panzacola.

La toma de La Mobila

Antes de proseguir con la campaña militar dirigida por Gálvez, sería conveniente exponer la relación de las tropas españolas en La Luisiana y el golfo de Méjico, y las británicas en La Florida (1780-83).

Por parte española:

- Tropas enviadas desde España entre abril y agosto de 1780 (ocho mil doscientos treinta y tres hombres):
 - Infantería de Línea: regimientos del Rey y de Soria (procedentes del bloqueo de Gibraltar), de Hibernia, de Aragón, de Guadalajara y de Flandes.
 - Infantería Ligera: 2.º regimiento de voluntarios de Cataluña (procedente del bloqueo de Gibraltar).
 - Artillería: una compañía del regimiento del Real Cuerpo de Artillería.
- En Luisiana:
 - Batallón Fijo de Luisiana: quinientos hombres.
 - Compañía de Artillería Veterana: diez hombres.
 - Milicias de Luisiana y Nueva Orleans (diecisiete compañías): mil cuatrocientos setenta y ocho hombres.
 - Aliados indios de las tribus Chowtaws: de sesenta a cien hombres.
- En La Habana:
 - Infantería de Línea: regimientos del Príncipe, de España y de Navarra.
 - Regimiento Fijo de La Habana.
 - Dragones de América.
 - Milicias blancas de La Habana.
 - Batallón de Voluntarios Pardos y Morenos de La Habana.

- Otras fuerzas:
 - Cincuenta Granaderos del regimiento de Mallorca (de la dotación de buques de la Armada).
 - Tres batallones de Infantería de Marina: mil trescientos noventa y cuatro hombres.
 - Partidas de indios Talapuez.
 - División del Ejército Real Francés (quinientos nueve soldados de Infantería; ciento ochenta y dos de Artillería de tierra y marina). Regimientos de Agenois y de Gatinois (ambos participarán en la batalla de Yorktown, sept.-oct. de 1781), de Cambresis, de Orleans, de Poitou y de Cabo Haitiano (Cap Français).

Por parte británica:

- Regimiento de Infantería XVI: ciento treinta y cinco hombres.
- Regimiento de Infantería LX: trescientos veintiseis hombres.
- Regimiento de Infantería LXII: siete hombres.
- Regimiento n.º 3 de Waldeck: trescientos cincuenta y un hombres.
- Regimiento de Realistas de Pennsylvania: doscientos cuarenta y un hombres.
- Regimiento de Realistas de Maryland: trescientos setenta hombres.
- Batallón de West Florida Forresters: seiscientos hombres.
- Dragones de Maryland: trescientos setenta hombres.
- Artillería Real: sesenta y dos hombres.
- Artillería de Marina: trescientos hombres.
- Negros y civiles movilizados: trescientos cincuenta y cinco hombres.
- Marineros: cincuenta y seis hombres.
- Tribus indias aliadas (Creeks, Chickasaws y Cherokees): entre quinientos y mil hombres⁴⁵.

Acorralado el general Campbell en La Florida Occidental, pudo percatarse de la gravedad de la situación. Primero no había querido dar crédito a las noticias del desastre ocurrido en el valle del Misisipí; pero después, cuando quiso contraatacar, se encontró con que carecía de transportes fluviales suficientes. Lo único que podía hacer era salvar La Mobila y Panzocola, que estaban bajo su mando.

Pero también corría peligro La Florida Oriental, con capital en la antigua ciudad colonial de San Agustín. El jefe de su guarnición, teniente coronel Füser, solicitó ayuda al general sir Henry Clinton, el conquistador de Charleston (12-02-1780), quien por entonces mantenía serias desavenencias

⁴⁵ GUERRERO ACOSTA, pp. 216-217.

con el general Cornwallis y estaba a punto de renunciar al mando. Poco antes, Füser había escrito a Clinton (12-12-79) para informarle sobre la pérdida de Manchac y de la situación crítica de La Florida Oriental: «...*Si recibiéramos una visita similar de La Habana, haré lo que deba de hacerse; pero no tengo el don de hacer milagros...*»⁴⁶.

Tras sus victorias militares en el valle del Misisipí, Gálvez se dedicó con toda energía a preparar el ataque contra la La Mobila, situada a unos doscientos kilómetros de Nueva Orleans, pero que, al igual que Panzacola, constituía una base británica para el comercio y las necesidades navales en el golfo de Méjico. La ciudad, al fondo de la bahía, estaba defendida por Fort Charlotte y varias baterías. El acceso por mar resultaba harto difícil por unos islotes y bancos de arena próximos a la costa; y por tierra entrañaba grandes peligros por la presencia de los indios de la región, aliados de los británicos.

Gálvez carecía de tropas, buques y recursos suficientes en Nueva Orleans para el sitio y asalto de La Mobila. Necesitaba ayuda de La Habana, pero el capitán general de Cuba, mariscal Diego José Navarro, no veía con buenos ojos la carrera meteórica del joven gobernador de Luisiana, ni tampoco estaba de acuerdo con sus campañas militares; y, sobre todo, no quería arriesgar sus tropas en aventuras fuera de la isla.

Como primer medida, Gálvez hizo maravillas con la reparación de buques y armas capturados a los ingleses en los talleres que se improvisaron en Nueva Orleans. El bergantín Galveztown y otros buques fueron artillados y pronto dispuso de una flotilla, mientras que la tropa veterana y las milicias recién llegadas de Méjico y de Cuba se dedicaron a adiestrar y disciplinar a sus reclutas de Luisiana. Pero sus fuerzas aún resultaban insuficientes para tomar La Mobila y mucho menos Panzacola.

Pidió en vano Gálvez el envío de un millar de hombres de tropas regulares a La Habana, pues Navarro le contestó que los necesitaba para defender la isla. Luego, a fines de 1779, el capitán general le sugirió emprender un ataque naval a Panzacola para rendirla, asegurando que La Mobila y otras guarniciones británicas no podrían entonces defenderse; pero Gálvez le demostró que la artillería de Panzacola resistiría el ataque de cualquier escuadra si no se efectuaba un desembarco y se instalaban baterías en tierra. En definitiva,

⁴⁶ PORTELL-VILÁ, 1978, p. 108. Gálvez había recibido órdenes de La Habana y de Madrid de incluir La Mobila y Panzacola en primera fase de la campaña, pero aún no San Agustín. Más tarde recibirá la orden de emprender la campaña de la conquista de La Florida Oriental como jefe supremo de las tropas españolas, pese a que entonces había militares de mayor graduación y experiencia. No obstante, al margen de sus influencias en la corte, ya había demostrado con creces su valor y su habilidad, como también su gran conocimiento e intuición en estrategia y táctica militar.

siguió defendiendo su plan de operaciones consistente en tomar primero La Mobila para luego lanzar el ataque final contra Panzacola.

La controversia entre Navarro y Gálvez había llegado a ser del dominio público. El gobierno estaba de acuerdo con Gálvez, pero Navarro desoía las peticiones que éste le hacía desde Nueva Orleáns al no recibir órdenes terminantes de la corte. Finalmente, tuvo que intervenir Carlos III ordenando el envío de refuerzos a La Habana y que se realizara cuanto antes la ofensiva contra La Mobila y Panzacola.

En diciembre de 1779 llegó a La Habana un convoy con refuerzos enviados desde España, a las órdenes del almirante Jerónimo Girón, marqués de las Amarillas. Aquel contingente estaba compuesto por tres mil quinientos hombres, por lo que Navarro se sintió más seguro ante un posible ataque británico a La Habana y autorizó el envío de una columna de mil cuatrocientos treinta y nueve hombres bien equipados, entre ellos trescientos treinta y nueve reclutas del batallón de milicias de Pardos y Morenos de La Habana (cubanos negros), que llegarán a combatir contra los británicos en La Mobila hasta su rendición (14-03-80)⁴⁷.

El 24 de enero de 1780 llegó a La Habana el coronel Esteban Miró, enviado por Gálvez, con la misión de solicitar dos mil soldados para atacar La Mobila y Panzacola (en realidad se conformaba con mil trescientos). Finalmente, Navarro destinará un contingente de quinientos setenta y siete hombres del regimiento de Navarra para la toma de La Mobila, que partirá el 10 de febrero en cuatro transportes precedidos de un buque de aviso; aunque luego, debido a los vientos adversos, tal contingente no llegará a La Mobila hasta diez días después.

Pero Gálvez decidió atacar sin esperar a los refuerzos. El 11 de enero de 1780 pasó revista a su escuadrilla en Nueva Orleáns: la fragata mercante armada Comandante (en la que él marcharía), cuatro lanchones, un barco de carga, dos bergantines, la goleta de guerra Volante, la galeota Valenzuela, el bergantín corsario Galveztown y el bergantín real Kaulikán. Las tropas que embarcaron sumaban setecientos cincuenta y tres hombres:

- Regimiento del Príncipe: cuarenta y tres hombres.
- Regimiento fijo de La Habana: cuarenta y nueve hombres (en su mayoría cubanos).
- Batallón fijo de Luisiana: ciento cuarenta y un hombres.
- Artillería: catorce hombres.
- Carabineros de Luisiana: veintiseis hombres.

⁴⁷ PEZUELA, Jacobo de la: *Sitio y rendición de La Habana en 1762*. Imprenta de Rivadereyra, Madrid, 1859, p. 37.

- Milicias blancas de Luisiana: trescientos veintitrés hombres.
- Negros y mulatos libres: ciento siete hombres.
- Esclavos negros: veinticuatro hombres.
- Voluntarios norteamericanos: veintiseis hombres.

El convoy se hizo a la vela el día 14, descendió por el Misisipí y llegó a su desembocadura el día 18; pero una fuerte tormenta tropical dispersó los buques de tal modo que éstos no pudieron reagruparse hasta el 4 de febrero. Tres días más tarde pasaron por fin la entrada de la bahía de La Mobila y llegaron ante Río Perdido, por lo que tuvieron que tomar el rumbo hacia el oeste; y finalmente, el 10 de febrero, entraron en la amplia bahía, abandonando los ingleses una fragata sobre la arena al divisar a los españoles. Sin embargo, los buques españoles tuvieron tan mala fortuna que varios de ellos embarrancaron en la barra de la ría y algunos se perdieron por completo. El día 12, en la playa de la Punta de La Mobila, se efectuó el desembarco de la tropa que transportaban las balandras.

Realizado el desembarco con enormes penalidades por el fuerte temporal, se intentó salvar los equipos, aunque se perdieron algunas municiones, piezas de artillería y víveres. Bernardo de Gálvez, un militar español que siempre se creció ante las desgracias y dificultades, ordenó que se iniciaran de inmediato los preparativos para atacar Fort Charlotte, siendo desartillados los buques perdidos y construidas escalas con sus maderas. Este fuerte británico contaba con cuarenta y tres cañones y una de guarnición trescientos siete hombres al mando del capitán Elias Durnford:

- Regimiento de Infantería LX: ciento veintiseis hombres (trece oficiales y ciento trece soldados regulares).
- Realistas de Maryland: setenta milicianos blancos.
- Negros: cincuenta y cinco milicianos.
- Marineros: cincuenta y seis⁵⁶ hombres.

Pese a no amainar aquel fuerte temporal, las naves supervivientes llegaron a La Mobila el día 24 de febrero, mientras que las restantes continuaron al día siguiente hasta la desembocadura del río de Los Perros.

El día 28, las fuerzas españolas se posicionaron a veinte varas del enemigo, iniciándose un duelo artillero entre sus buques y el fuerte, que se hizo continuo al emplazarse baterías en tierra. Los británicos incendiaron entonces una parte de la ciudad de La Mobila para evitar que las tropas españolas se fortificaran en sus casas y centraron sus esfuerzos en la defensa del fuerte, con la esperanza de recibir refuerzos de Panzacola que obligaran a los españoles a levantar el sitio. También cabe destacar que durante el sitio de La Mobila hubo demostraciones de caballerosidad y cortesía por ambos bandos contendientes, como correspondía a los jefes militares de aquella época.

En efecto, Gálvez inició el día 29 su correspondencia con el capitán Durnford, comandante de La Mobila, para fijar las bases de los próximos combates y envió al capitán Bouligny para exigir la rendición del fuerte. Durnford ofreció un banquete al emisario español y ambos brindaron por sus respectivos reyes, Jorge III y Carlos III, mas Durnford hizo saber a Bouligny que su obligación era defender la plaza y vencer a los españoles. Unas días después Gálvez recibió en su campamento un regalo de Durnford, que consistió en una docena de botellas de vino y otra de pollos, un carnero y pan fresco, a lo que correspondió enviándole una caja de Bordeaux y otra de vino español, una de naranjas, una de pastas y otra de excelentes habanos.

Gálvez escribió una carta para Durnford, que adjuntó a las cajas de regalo, expresándole su pesar al haber destruido las tropas británicas una parte de la ciudad de La Mobila, porque «...*las fortalezas se construyen únicamente para defender las poblaciones; pero Vuestra merced está empezando a destruir la ciudad a favor de la fortaleza (Fort Charlotte) que es incapaz de defender...*». Además, se comprometió a no instalar batería alguna detrás de los muros de los edificios, siempre que Durnford no ordenara más incendios⁴⁸.

Tras recibir un escaso auxilio de soldados y víveres que envió Navarro en cinco embarcaciones, Gálvez supo que el propio general Campbell había salido de Panzacola al frente de una columna de mil doscientos soldados en auxilio de La Mobila y que no se hallaba lejos, por lo que se apresuró a atacar Fort Charlotte. Las mayores pérdidas iniciales que sufrieron las fuerzas españolas se produjeron mientras excavaban trincheras, levantaban reductos y emplazaban sus baterías (ocho cañones de dieciocho libras y una de veinticuatro; por tanto, nueve cañones en total).

Concluidas las baterías el 12 de marzo, Gálvez ordenó que abrieran fuego contra el fuerte, abriendo una brecha en el mismo y causando graves destrozos a los ingleses, aunque cada vez que les desmontaba un cañón éstos ponían otro en su lugar. Al atardecer, sus defensas quedaron por fin completamente desarboladas por la artillería española y Durnford se vio obligado a izar bandera de parlamento, mientras la columna de Campbell acampaba en el río Tensaw.

Al día siguiente, Durnford propuso a Gálvez que estaría dispuesto a capitular la rendición a cambio de poder marchar con su guarnición a Panzacola, pero éste consideró inadmisibile su propuesta y le concedió cuatro

⁴⁸ A.H.N. Sección Diversos, documento n.º 501. Impreso titulado Diario de operaciones de la expedición contra la plaza de Panzacola concluida por las armas de S.M. Católica, bajo las órdenes del mariscal de campo D. Bernardo de Gálvez.

horas para entregar Fort Charlotte sin condiciones. Fue entonces cuando el comandante inglés comprendió que resistir sería inútil, por lo que aceptó rendirse y entregarse junto a sus trescientos siete hombres supervivientes como prisioneros de guerra, a cambio de recibir honores militares. Un día después, el día 14, Campbell llegó con sus tropas, pero tuvo que retirarse con algunas bajas (un capitán y dieciseis dragones cayeron prisioneros en la retirada) y fue testigo ocular de la ceremoniosa entrega de La Movila a las tropas españolas⁴⁹.

Los británicos tuvieron unos doscientos muertos en combate. Además, Gálvez se apoderó de un importante botín militar: varios barcos, treinta y seis cañones nuevos de hierro, trece pedreros, siete cañones de mediano servicio y nueve inútiles, gran cantidad de balas, metralla y utensilios para el servicio de las piezas, trescientos ochenta y cuatro fusiles nuevos, numerosas escopetas para los indios, un enorme cargamento de pólvora y otros pertrechos⁵⁰.

Pero sobre todo, en lo referente al intervencionismo de España en la guerra de la Independencia de EE.UU., hay que destacar, muy por encima de cualquier consideración, que la campaña militar dirigida por Gálvez puso en una situación muy crítica a los británicos en el valle del Misisipí, La Mobila y Panzacola. Si esto no hubiera ocurrido, las tropas con las que el general Campbell intentó socorrer La Mobila podrían muy bien haberse enviado meses más tarde como refuerzos al general Cornwallis en la decisiva batalla de Yorktown (19-10-81). La pérdida de La Mobila supuso un rudo golpe para los británicos y alarmó a las guarniciones de Panzacola y San Agustín, y también a sus indios aliados Chikasaws.

Gálvez escribió con amargura a su tío José, ministro universal de Indias, lamentándose por la tardía llegada de los refuerzos de Cuba: «...*si la expedición de La Habana hubiese llegado a tiempo para unírseos, habríamos triunfado sobre los ingleses igual que en Saratoga...*»⁵¹. Por otra parte, tributó honores militares a sus hombres por la conquista de La Mobila y concedió además distinciones y recompensas. Concluida con éxito esta operación, decidió emprender la conquista de Panzacola.

En la corte, Carlos III y sus ministros cubrieron de honores a Gálvez por su éxito en la campaña contra La Mobila, siendo ascendido a mariscal de campo y nombrado gobernador de Luisiana y La Mobila (como vimos, ya lo era de Luisiana).

⁴⁹ Ibidem, ut supra.

⁵⁰ DE CARLOS, 1976, pp. 62-63.

⁵¹ CAUGHEY, ob. cit., pp. 184-185.

*EL PRINCIPAL OBJETIVO: PANZACOLA**El objetivo principal de la campaña militar de Gálvez: Panzacola*

Gracias al esfuerzo de la corona de España y a la campaña militar dirigida de forma magistral por Gálvez, pudo darse un paso más para la expulsión de los ingleses en la América del Norte y también para la futura expansión de EE.UU., ya que si los norteamericanos no podrán finalmente desalojar a los británicos del Canadá, pese a la viva oposición de la población francesa del Quebec, la inmensidad del oeste norteamericano quedó completamente libre de «casacas rojas» (red coats). Pero para dominar el golfo de Méjico resultaba imprescindible la conquista de Panzacola con su puerto, su fortaleza y sus fuertes. Es cierto que el general John Campbell era abúlico e irresoluto, pero dispuso inicialmente de una guarnición formada por estas tropas:

- Regimiento XVI: ciento treinta y cinco hombres.
- Regimiento LVII: siete hombres.
- Regimiento LX: doscientos hombres.
- Regimiento de Waldeck n.º 3: trescientos cincuenta y un hombres.
- Artillería: sesenta y dos hombres.
- Realistas de Maryland: trescientos hombres.
- Realistas de Pennsylvania: doscientos cuarenta y un hombres.
- West Florida Royal Forresteres: seiscientos hombres.
- Voluntarios negros: trescientos hombres.
- Dragones de Maryland marineros: trescientos hombres.
- Indios Creeks, Chickasaws, Choctaws y Seminolas: entre mil quinientos y dos mil hombres⁵².

Luego, el 26 de abril de 1780, cinco buques de transporte artillados, cinco fragatas y dos buques (que eran baterías flotantes), con sus tripulaciones respectivas, se unieron por el momento a las dos fragatas que guardaban la entrada del puerto de Panzacola. Así pues, la guarnición alcanzó una cifra superior a los cuatro mil hombres⁵³.

Mientras Campbell contaba con tales fuerzas formidables, Gálvez se desesperaba al no recibir los refuerzos que había solicitado a La Habana.

⁵² PORTELL-VILÁ, 1978, pp. 113-114.

⁵³ El comandante e historiador militar José Manuel Guerrero, basándose en documentos del Archivo General de Indias, sostiene que la guarnición británica era de dos mil cuatrocientos noventa y seis hombres y que los indios aliados de los británicos eran entre sesenta y cien. Son cifras exactas, pero debe advertirse que corresponden a las fuerzas existentes antes del 26 de abril de 1780. GUERRERO ACOSTA, pp. 220-221.

El 15 de febrero el capitán general de Cuba, Navarro, ordenó embarcar mil quinientos hombres en varios transportes; pero luego, al recibir un informe confidencial por el que se le notificaba que Panzacola había recibido refuerzos de Jamaica, cambió de opinión y prohibió su salida. Poco después, el 7 de marzo, zarpó por fin una escuadrilla de La Habana para atacar los fuertes de Panzacola y silenciarlos, pero regresó el día 21 y su comandante informó que había estado dando bordadas frente a Panzacola sin llegar a una distancia suficiente para poder disparar contra las fortificaciones británicas.

Por entonces, la escuadrilla de Gálvez estaba formada por sólo ocho pequeños buques de guerra, con escasa artillería y muy inferiores a las fuerzas navales británicas, por lo que sus capitanes se negaron a emprender un ataque que consideraron inoportuno. Gálvez desconocía la situación de la guarnición de Panzacola, que ya no podía recibir más refuerzos, y, en cuanto a su rival, Campbell, éste había escrito a su jefe superior, el general Clinton (que en aquellos momentos se encontraba atacando Charleston hasta rendirla), solicitándole su relevo para incorporarse a un ejército de operaciones.

Victoria británica en las batallas de Savannah y Charleston

La batalla de Savannah (Georgia), que se desarrolló desde el 10 de octubre al 23 de noviembre de 1779, debe de estudiarse en comparación con las de La Mobila y Panzacola. Las fuerzas de desembarco del almirante francés, el conde de Estaing, estaban integradas en total por siete mil quinientos treinta y tres hombres:

- Soldados europeos de ejército regular: dos mil ochocientos veintitrés hombres.
- Milicianos blancos de Cap Française (Haití): ciento sesenta y cinco hombres.
- Rancheadores negros y mulatos (haitianos): quinientos cuarenta y cinco hombres.
- Soldados norteamericanos: cuatro mil hombres.

En cuanto a las fuerzas del general Clinton, éstas ascendían a siete mil ciento cincuenta y cinco hombres, de los que cuatro mil eran negros leales a la corona británica. Puede señalarse que algunos de los combates más duros tuvieron lugar entre los propios combatientes de color de ambos bandos. El héroe de la batalla fue un muchacho haitiano de doce años de edad llamado Henri Christophe, hasta entonces desconocido, que llegará a ser

uno de los jefes de la revolución haitiana, fundará una monarquía en Haití y reinará como Henri I⁵⁴.

La victoria de Clinton sobre Estaing en Savannah, donde se hicieron dos mil trescientos prisioneros, obligó a los rebeldes norteamericanos a permanecer a la defensiva, pues los británicos pudieron enviar refuerzos a San Agustín desde Charleston y Savannah. Pero por si fuera poco este revés, los británicos vencieron también en la batalla de Charleston (9-12 feb. 1780), donde hicieron dos mil trescientos prisioneros.

La situación se volvió entonces muy difícil para los rebeldes del sur. Por tanto, la verdadera clave de su situación, como también para el posterior desarrollo global de la guerra, estuvo en que Gálvez tomara Panzacola con sus tropas. Así, la intervención militar de España resultó de nuevo decisiva en el curso de la guerra.

El «Felíz Ardid»

Gálvez regresó a Nueva Orleans y renunció temporalmente a tomar Panzacola, por lo que envió hombres y buques de regreso a La Habana, conservando el resto para reforzar Nueva Orleans y La Mobila. Por parte británica, Campbell llegó a creer que Panzacola había quedado a salvo y libre de peligro, que pronto lanzaría una gran contraofensiva para reconquistar el valle del Misisipí y La Mobila, y que incluso podría tomar Nueva Orleans.

El 28 de abril de 1780, zarpó de Cádiz una escuadra comandada por el comodoro José Solano y Bote y compuesta por doce navíos, dos fragatas, un chambequín y un paquebote. Dicha fuerza naval estaba encargada de escoltar un convoy de cien buques de transporte, a los que había que sumar otros de comercio, con ocho mil hombres de Infantería al mando de Victorio de Navia Osorio, así como con la correspondiente artillería, municiones y pertrechos necesarios. De acuerdo con las instrucciones que Solano había recibido antes de partir, su principal misión consistía en enlazar con las unidades navales francesas del Caribe para dirigirse a Puerto Rico, en caso de que los ingleses hubieran realizado el bloqueo de la isla y puesto sitio a San Juan. En caso de que esto no hubiera ocurrido, la flota debería dirigirse directamente a La Habana para desembarcar las tropas del convoy y la escuadra serviría de refuerzo a la que se hallaba fondeada en el arsenal.

⁵⁴ STRICK, Lisa S.: *The black in the era of the american revolution*. Smithsonian Institution, Washington D. C., 1973, pp. 30-31.

Durante la travesía se avistaron dos fragatas y una balandra enemigas que observaban el rumbo de la flota para dar aviso al almirante inglés Rodney, quien aguardaba con su escuadra para destruirla. Solano ordenó variar la derrota antes de que la escuadra británica pudiera impedirselo, y este movimiento tan oportuno fue lo que salvó a la escuadra española y al convoy de tropas de caer en manos de los ingleses. Más tarde, el rey recompensó esta acción de Solano mediante la concesión del título de vizconde del Feliz Ardid.

El 4 de agosto, la flota española fondeó por fin en el puerto de La Habana, aunque con dos mil trescientas noventa y ocho bajas por enfermedad debido al calor y al contagioso mal del llamado «vómito negro», unido a la aglomeración de los transportes y a la tardanza de la travesía.

Fracaso de la mayor expedición militar española que se organizó en ultramar

El 2 de agosto de 1780 Gálvez llegó a La Habana y dos días después, invocando las órdenes del rey por las que quedaba al mando de las operaciones militares en América, solicitó a la junta militar de autoridades (Diego José Navarro, el Victorio de Navia Osorio, y los jefes militares y navales de Cuba) una fuerte expedición para conquistar Panzacola. El día 11 la junta le ofreció el mando de una expedición que se organizaría con cuatro mil soldados de La Habana, dos mil soldados de Méjico y todos cuantos pudieran reclutarse en Santo Domingo y Puerto Rico.

La Habana se convirtió entonces en una base expedicionaria, y Navarro, requerido con energía por el gobierno de Madrid, se empleó de lleno para equipar y despachar la expedición. En los muelles habaneros se acumularon cañones, cureñas, fusiles, bayonetas, pólvora, municiones, anclas, velas, alimentos, medicinas... Todo debería ser embarcado en siete buques de línea, cinco fragatas, un buque correo, un bergantín, un lucre artillado y cuarenta y nueve transportes. Jamás en la historia de América se había organizado y equipado una expedición tan poderosa, cuya fuerza inicial de desembarco (sin contar con la marinería) estaba compuesta por ciento sesenta y cuatro oficiales y tres mil ochocientos veintisiete soldados⁵⁵.

La flota zarpó el 16 de octubre tras ser despedida en La Habana con rogativas en las iglesias y en los muelles, repiques de campanas y fuegos de

⁵⁵ CAUGHLEY, op. cit., pp. 173-181.

artificio y se dirigió rumbo a Campeche y Veracruz para incorporar las fuerzas de refuerzo del virreinato de la Nueva España. Pero al día siguiente, cuando intentaba cruzar el golfo de Méjico rumbo a Veracruz, un terrible huracán sacudió los barcos durante unas ochenta horas y dispersó la flota. Algunos barcos llegaron a Nueva Orleáns, otros a La Mobila, la mayoría fue a parar a la bahía de Campeche y uno se perdió para siempre. Por este fatal contratiempo, Gálvez se vio obligado a tener que suspender la expedición y el 17 de noviembre regresó a Nueva Orleáns⁵⁶.

El 6 de diciembre, un pequeño convoy con quinientos hombres y alguna cantidad de víveres partió de La Habana al mando del capitán de fragata José de Rada. Aunque no se atrevió a pasar la boca de la bahía de La Mobila, al hallar algunas variaciones en el canal, dejó las tropas en la entrada del Misisipí y regresó de nuevo a La Habana.

Las noticias del desastre de la expedición española no llegaron a Panzacola hasta principios de enero de 1781, y fue entonces cuando el general Campbell decidió organizar una expedición para reconquistar La Mobila con las siguientes tropas:

- Regimiento de Waldeck n.º 3: sesenta hombres.
- Regimiento de Infantería LX: cien hombres.
- Regimiento de Lealistas: doscientos cincuenta hombres.
- Aliados indios: trescientos.

El destacamento español de la aldea (Village) de La Mobila estaba compuesto por ciento noventa hombres y dotado con dos cañones de pequeño calibre:

- Regimiento del Príncipe.
- Regimiento de España.
- Regimiento de Navarra.
- Regimiento fijo de La Habana.

Dicha guarnición permanecía en este puesto con la misión de cubrir el país y mantener la comunicación con la otra orilla del río; por lo tanto, constituía un objetivo militar preferente para los británicos y llegó a sufrir cuatro ataques. Los dos primeros contra los indios y algunos voluntarios, el tercero contra los mismos enemigos, auxiliados éstos de una compañía de Caballería; y el cuarto contra tropas enemigas mejor combinadas.

⁵⁶ El huracán azotó también La Florida Oriental y llegó incluso a Georgia y las Carolinas. Un convoy británico despachado por el general Clinton sufrió además enormes pérdidas. Pero el descalabro fue mayor para los españoles, pues por el momento no pudieron organizar otra expedición. Aquel huracán creó tal confusión que un pequeño convoy enviado desde La Habana con quinientos hombres de refuerzo para La Mobila no se atrevió a llegar a su destino y se dirigió a Nueva Orleáns. PORRAS MUÑOZ, 1954, notas 14-15. VÁZQUEZ DE ACUÑA, 1961, p. 66.

El cuarto y último ataque, conocido como el combate de «La Aldea de La Mobila», aconteció el 7 de enero de 1781. La guarnición española resistió con heroísmo y rechazó el ataque de las tropas británicas, compuestas por cerca de doscientos hombres de tropa escogida y alrededor de cuatrocientos indios, que contaban además con dos cañones de a cuatro.

Por parte española, las bajas ascendieron a catorce muertos y veintitrés heridos; y por la británica a dieciocho muertos y tres heridos. Entre los muertos en combate de las tropas de Campbell se hallaron el coronel Waldeck, comandante del destacamento, el coronel Van Hanxleden y varios oficiales. Este ataque británico hizo pensar a Gálvez que, si no se apoderaba de Panzacola cuanto antes, La Mobila y el valle del Misisipí correrían peligro, por lo que marchó de nuevo a La Habana.

La organización de una nueva y definitiva expedición contra Panzacola

Una vez en La Habana, Gálvez comprobó que su solicitud para enviar una expedición contra Panzacola era muy popular entre los cubanos, pues recordaban el sitio, la toma y la dominación británica de La Habana (1762-63) en la pasada guerra de los Siete Años. Además, los cubanos veían con gran simpatía la causa independentista de los rebeldes norteamericanos por varios motivos: la libertad relativa para el comercio y las relaciones con las Trece Colonias, vigentes desde 1777, contribuían en mucho al desarrollo económico, social y cultural; había patriotas norteamericanos residentes en La Habana, Matanzas y Santiago de Cuba, pese a estar oficialmente prohibido; y numerosos impresos y periódicos de las Trece Colonias circulaban por la isla.

En febrero de 1781, Gálvez obtuvo la concesión de mil trescientos quince hombres de varios regimientos del contingente que se hallaba concentrado en La Habana, y también permiso para conquistar Panzacola con estos soldados, junto con los que pudiera reclutar en Nueva Orleans y La Mobila. Al principio consiguió tres buques para escoltar el convoy con las tropas: la fragata Santa Clara, con el capitán Miguel de Alderete al mando, de treinta y seis cañones; el chambequín Caimán con el capitán José Serrato, de veinte; el paquebote San Gil con el capitán José María Chacón; y el bergantín San Pío, de dieciocho. Pero luego, al recibirse noticia de que tres fragatas británicas de cuarenta cañones habían partido de Jamaica para operar en el golfo de Méjico, recibió dos buques más: el buque de línea San Ramón con el capitán José Calvo de Irazábal, de setenta y cuatro cañones; y la fragata Santa Cecilia con el capitán Miguel de Goicoechea, de treinta y seis.

El 14 de febrero, la expedición zarpó de La Habana con gran dificultad debido a que había calma chicha, siendo vitoreada por el vecindario en los muelles y por las guarniciones de los castillos de El Morro, La Punta y La Cabaña. El día 27, ya con vientos favorables, el convoy prosiguió rumbo a Panzacola, último objetivo de Gálvez en el seno del golfo de Méjico, aunque en La Habana se creía que la expedición se emplearía para la defensa del valle del Misisipí. Por otra parte, Gálvez había ordenado que reunieran todas las fuerzas disponibles de Nueva Orleáns y de La Mobila, y que marcharan sin pérdida de tiempo sobre Panzacola.

LA CONQUISTA DE PANZACOLA Y LA GESTA DE GÁLVEZ

La gesta inmortal de Gálvez: «...YO SOLO...»

En la noche del 9 de marzo se realizó el primer desembarco con un reducido número de soldados en la isla de Santa Rosa, situada en la misma entrada de la bahía de Panzacola, justo en un lugar llamado Punta Sigüenza, que se hallaba frente al fuerte británico de Barrancas Coloradas (Red Clifts). Según el plan de operaciones, en Punta Sigüenza debería haber un fuerte que había que tomar para así dejar abierta la entrada de la bahía a la flota y esperar allí tropas de refuerzo. Pero los soldados españoles sólo hallaron allí tres cañones desmontados y una batería de faginas medio deshechas. Poco después se apresaron dos lanchas inglesas y esta acción fue advertida por el fuerte de Barrancas Coloradas y por dos fragatas, también enemigas, que siempre permanecían fondeadas en las inmediaciones.

En la madrugada del día 10, el grueso del convoy fondeó en esta isla y se procedió al desembarco principal. Se practicaron reconocimientos y se eligió un paraje para montar ciento cincuenta tiendas de campaña y erigir a toda prisa una batería de ocho cañones de distintos calibres, con el fin de alejar así a las dos fragatas inglesas y proteger la entrada de la escuadra. Horas después comenzaron las hostilidades y la batería rechazó el ataque de ambas fragatas.

El día 11, antes de amanecer, el capitán José Calvo de Irazábal, al mando del navío San Ramón y comandante de la flota, ordenó sondear la barra del puerto y dispuso una batería a barbета frente al fuerte de las Barrancas Coloradas con dos cañones de veinticuatro libras, que dispararon a las tres y media de la tarde contra una de las fragatas inglesas. Al mismo tiempo, la escuadra y el convoy levaron anclas⁵⁷, pero poco después se repa-

⁵⁷ Gálvez embarcó en el San Ramón, pero luego el capitán José Calvo de Irazábal, comandante de la flota, le convenció para que permaneciera en tierra.

ró en que el San Ramón había variado el rumbo y tuvo que fondear donde antes había estado, seguido de los demás buques. En aquella maniobra, el navío había tocado la barra y no volvió a intentar pasarla en los días siguientes por el mal tiempo reinante.

El día 16, una columna de novecientos hombres partió hacia la orilla del río de los Perdidos y, al día siguiente, el capitán de fragata Andrés de Valderrama fue a recogerlos con varias lanchas para embarcarlos y cruzar el río, distante a 5 leguas de Panzacola.

Como el mayor temor de Gálvez era que el fuerte viento existente arrasara la flota y la hiciera encallar, dejando al ejército abandonado y sin medios, intentó convencer al comandante de la flota para que ésta entrara cuanto antes en el puerto. Pero Calvo de Irazábal y los oficiales de la Armada manifestaron que esta maniobra resultaba impracticable por varios motivos: el canal del puerto era muy tortuoso y la corriente muy considerable, por lo que la maniobra de entrada en el puerto resultaría demasiado difícil para un buque del tamaño del San Ramón; el mal tiempo dificultaría aún más esta maniobra harto difícil; supondría navegar por delante de las baterías del fuerte británico de Barrancas Coloradas y quedar a merced de sus numerosos cañones; y no se disponía de prácticos seguros.

Gálvez, finalmente, ordenó a Calvo de Irazábal que la flota entrara en el puerto. Pero a pesar de que Gálvez era el comandante en jefe de la expedición y por tanto la máxima autoridad tanto de las fuerzas terrestres como de las navales, Calvo de Irazábal era el responsable de la seguridad de la escuadra y le desobedeció, pues consideraba dicha maniobra irrealizable o demasiado arriesgada por los motivos antes reseñados.

Tras varios días de inútiles discusiones, el día 18 de marzo Gálvez declaró que él mismo haría lo que no se atrevía a hacer el capitán de la Armada. Luego, le escribió un oficio comunicándole su decisión y le provocó al punto de enviar a uno de sus oficiales al San Ramón, con una bala de cañón de treinta y dos libras y un mensaje público anunciando que «...la traía y la presentaba porque era una de las disparadas por el fuerte a la entrada de la bahía, pero que quienquiera que tuviese honor y coraje, que se dispusiera a seguirle porque él (Gálvez) iba a ir por delante en su bergantín Galveztown para quitar el miedo...». Aquel mensaje supuso un reto para los marinos españoles y tuvo el efecto de una sonora bofetada para su comandante, Calvo de Irazábal, quien proclamó con rabia que Gálvez era «...un advenedizo audaz y sin modales, un traidor a su rey y a su patria...», y a quien «...con gran satisfacción colgaría del palo mayor del San Ramón...»⁵⁸.

⁵⁸ CAUGHEY, op. cit., pp. 192-193. PORRAS MUÑOZ, 1954, p. 23.

Poco después, aquel histórico 18 de marzo de 1781, Gálvez embarcó a las dos de la tarde en el Galveztown sin oficial ni marino alguno, tan sólo con la ayuda de su coraje, ordenó izar el estandarte de contralmirante en lo más alto del mástil, se expuso en el puente de mando, mandó largar la vela y enfiló el canal del puerto de Panzacola al frente de su escuadrilla de cuatro buques, que pasaron desafiantes ante ciento cuarenta cañones británicos que no dejaron de disparar. Para mayor alarde, el Galveztown saludó con humor insolente al fuerte de Barrancas Coloradas con una andanada de quince cañonazos de pólvora sola. Aquel nutrido fuego de las baterías británicas se centró en el bergantín rompiendo jarcias y perforando el velamen, pero sin lograr mayores daños, como tampoco lo hizo a las dos lanchas cañoneras y a la balandra, que le siguieron a cierta distancia con sus tripulaciones entusiasmadas por tanta valentía y arrojo. Los cuatro barcos quedaron dentro de la bahía bajo la protección del reducto construido días antes en Punta Sigüenza. Cuando Gálvez saltó a tierra con aquel puñado de valientes, la tropa les recibió con desbordante entusiasmo. Fue un hermoso acto de temeridad y una gran imprudencia, pero los soldados e incluso los propios marinos se enardecieron con aquella proeza insólita que dejó atónito y estupefacto al enemigo. Aquella fue la hazaña más heroica que realizó Gálvez y la que le dio el reconocimiento y la fama inmortal. Además, hirió el amor propio de los marinos de la escuadra, que entraron con ella al día siguiente, salvo el navío San Ramón que se había lastrado. Durante la operación anduvo Gálvez en una falúa entre los barcos para auxiliarles en lo que fuera necesario, arriesgando de nuevo su vida para dar ejemplo a sus oficiales y soldados. Pero con todo, las rencillas continuaron cuando Gálvez notificó el día 22 a Calvo de Irazábal que podía regresar con sus marinos a La Habana, pues no los necesitaba para nada. Por fortuna, los ánimos se calmaron el día 23 y se procedió a la organización del sitio de Fort George (llamado así en honor del rey de Inglaterra), la fortaleza principal y con una guarnición de mil ochocientos hombres, así como de las demás obras de fortificación de la plaza. Poco después, antes de terminar el mes de marzo, se produjo la llegada de las tropas procedentes de Nueva Orleans y de La Mobila, por lo que Gálvez pudo contar con tres mil quinientos cincuenta y tres combatientes bajo sus banderas⁵⁹.

⁵⁹ El 27 de marzo el gobernador de La Florida Occidental (Peter Cheste) envió un parlamentario para ofrecer a Gálvez varias propuestas para la seguridad de la villa de Panzacola. Pero se negó a recibirlo por las penalidades que habían sufrido tres marinos españoles que lograron escapar de los británicos.

La batalla de Panzacola

El duelo artillero se mantuvo con toda intensidad durante el mes de abril, mientras los indios aliados de los británicos (Choctaws, Creeks, Chickasaws y Seminolas) realizaban ataques feroces por sorpresa y luego entraban en la plaza para mostrar orgullosos las cabelleras que habían cortado a los españoles, sin que semejante atrocidad fuera censurada⁶⁰. Pero el cerco se fue estrechando con el ataque de avanzadillas, sin que llegaran a los británicos los refuerzos prometidos.

El 12 de abril, mientras Gálvez realizaba un reconocimiento del terreno, recibió un disparo que le atravesó un dedo de la mano izquierda y también le hirió de gravedad en el vientre. Tal contratiempo le obligó a entregar el mando provisionalmente a su segundo, el coronel José de Ezpeleta, y, aunque todos temieron por su vida, muy pronto se recuperó y asumió de nuevo el mando.

Los sitiadores avistaron alarmados una escuadra el día 19 y creyeron que era británica, pero resultó ser española. Se trataba de una poderosa flota enviada desde La Habana, a las órdenes del contralmirante Solano⁶¹, al tenerse noticia de que el almirante Rodney enviaría unidades navales de su escuadra a Panzacola como refuerzos. Aquella escuadra española formaba parte de la que había sido enviada desde Cádiz a La Habana: dos navíos de línea, tres fragatas, cuatro bergantines y ochenta y dos transportes, a bordo de los cuales cruzaron el Atlántico más de mil ochocientos hombres de desembarco⁶², cuyos jefes eran los generales Juan Manuel Cagigal⁶³, Guillaume Vaughn y Bernardo Troncoso. Con las tropas procedentes de La Habana iban reclutas cubanos y otros enviados de Méjico, Guatemala y Venezuela. Esto hizo que las operaciones militares españolas contra los británicos en la América del Norte parecieran una «cruzada española» de peninsulares y criollos a favor de la independencia de EE.UU.

⁶⁰ CAUGHEY, op. cit., p. 203.

⁶¹ Años más tarde, el rey concederá a José Solano y Bote, vizconde del Felíz Ardid, el título de marqués del Socorro, por haber dirigido esta escuadra durante la batalla de Panzacola.

⁶² Según el historiador Alfonso de Carlos, la flota de socorro del contralmirante Solano estaba formada por quince navíos, tres fragatas y otras embarcaciones; y las fuerzas de desembarco estaban formadas por mil seiscientos hombres. DE CARLOS, 1976, p. 63.

⁶³ Juan Manuel Cagigal, nacido en Santiago de Cuba, había sido nombrado capitán general de Cuba para relevar al anciano mariscal Navarro. Pero había decidido combatir contra los británicos en Panzacola, antes de tomar posesión de la capitanía general. Estuvo al frente de esta expedición enviada desde Cuba y llevaba una gran noticia: Matías de Gálvez, padre de Bernardo de Gálvez y entonces presidente de Guatemala, había expulsado a los ingleses del castillo de Nicaragua.

Solano se entendió a la perfección con Gálvez y solicitó su permiso para que la marinería participara en el asedio y «...*también ellos compartiesen la gloria de esta conquista...*». En su escuadra también iba una división formada por cuatro fragatas francesas con setecientos soldados de la misma nacionalidad, por lo que aportó unos mil trescientos cincuenta entre marinos y auxiliares a las tropas de Gálvez, cuya cifra ascendió a más de siete mil hombres. Tal suma supuso más de la mitad de los que Washington y Rochambeau lograrán reunir pocos meses después en Yorktown. ¡En toda la historia del golfo de Méjico jamás se había hecho un esfuerzo similar en dicha región!

Las fuerzas españolas que participaron en el sitio y la toma de Panzacola (del 20 de marzo al 8 de mayo de 1781) estuvieron formadas por las tropas siguientes:

- Unidades de Infantería:
 - Regimiento del Rey: cuatrocientos diecinueve hombres al mando del coronel don Luis Rebolo y Pont (muerto heroicamente en combate).
 - Regimiento del Príncipe: doscientos cincuenta y siete hombres.
 - Regimiento de Navarra: seiscientos setenta y dos hombres.
 - Regimiento de Soria: cuatrocientos noventa y cinco hombres.
 - Regimiento de Flandes: cuatrocientos veinticuatro hombres.
 - Regimiento de Hibernia: cuatrocientos sesenta y siete hombres.
 - Regimiento de Guadalajara: trescientos veintiocho hombres.
 - Regimiento de España: cuatrocientos ochenta y dos hombres.
 - Regimiento de Aragón: doscientos ochenta y siete hombres.
 - Regimientos de Toledo y Mallorca (dotaciones de buques de la Armada): sesenta y cuarenta y nueve hombres respectivamente.
 - Regimiento 2.º de Voluntarios de Cataluña: trescientos treinta y un hombres.
- Unidades de Dotación:
 - Regimiento Fijo de La Habana: doscientos cuarenta y cuatro hombres.
 - Regimiento Fijo de La Luisiana: ciento cuarenta y nueve hombres.
 - Escuadrón de Dragones (Méjico, España, Habana y Luisiana): noventa y siete hombres.
- Unidades de Milicias:
 - Milicias de La Habana (pardos y morenos libres): trescientos cuarenta hombres.
 - Milicias de Orleáns (pardos y morenos libres): ciento ochenta y ocho hombres.
 - Carabineros de Orleáns: trece hombres.

- Artillería:
 - Artillería hispano-francesa de mar y tierra: quinientos tres hombres.
 - Brigada de Marina (4 batallones).
 - Gastadores de Fortificación (La Habana): ciento siete hombres.
 - Indios de las tribus Chatuez y Talapuez: sesenta y cien hombres respectivamente.
- División Francesa:
 - Regimientos de Orleáns, Poitou, Gatinois, Cambresis y Cap Français: setecientos quince hombres⁶⁴.

En cuanto a las fuerzas británicas que defendieron Panzacola, estuvieron formadas por dos mil cuatrocientos noventa y seis hombres:

- Regimiento XVI: ciento treinta y cinco hombres.
- Regimiento LVII: siete hombres.
- Regimiento LX: doscientos hombres.
- Regimiento n.º 3 de Waldeck: tres mil trescientos cincuenta y un hombres.
- Artillería: sesenta y dos hombres.
- Realistas de Maryland: trescientos hombres.
- Realistas de Pennsylvania: doscientos cuarenta y un hombres.
- West Florida Royal Forresters: seiscientos hombres.
- Voluntarios negros: trescientos hombres.
- Dragones de Maryland marineros: trescientos hombres.
- Indios Creeks, Choctaws, Chickasaws y Seminolas: mil quinientos hombres.

En la batalla de Panzacola, durante muchas semanas no cesaron los bombardeos, los asaltos y las salidas, que causaron pérdidas de hombres y armamentos por ambos bandos, aunque la guarnición británica y sus aliados indígenas fueron perdiendo lentamente posiciones y no pudieron reponer sus bajas en combate ni las armas y municiones perdidas. Los fuertes de Santa Rosa y San Carlos fueron los primeros en caer en poder de los españoles. En cuanto a Fort George, ciudadela construida en tiempos de la dominación española y luego ampliada y reforzada por los británicos, representaba la llave de la defensa de Panzacola y continuó resistiendo⁶⁵.

En los primeros días de mayo las baterías españolas fueron mejorando sus posiciones e incrementando su fuego artillero, sobre todo contra la bate-

⁶⁴ Según José Manuel Guerrero, la cifra total de las tropas de Gálvez ascendió a siete mil setecientos veintinueve. GUERRERO ACOSTA, op. cit., pp. 220-221.

⁶⁵ En un principio, Fort George contó con una guarnición de mil ochocientos hombres de tropa reglada, numerosos voluntarios negros y gran número de indios. DE CARLOS, 1976, p. 63.

ría o fuerte avanzado de La Media Luna, y sus disparos se hicieron más efectivos, ocasionando además numerosos daños y bajas. Las escaramuzas y salidas esporádicas de los sitiados se sucedieron, siendo contrarrestadas principalmente por las compañías de Cazadores y los cañones de campaña españoles. Pese a todo, el general Campbell rechazó todas las intimaciones de rendición que se le hicieron, creyendo en vano que una escuadra acudiría en auxilio de su maltrecha guarnición.

El día 8 de mayo, a las seis de la mañana, el reducto español, en el que había dos obuses, reinició el fuego. Pero lo hizo con tanta fortuna, que una de las granadas penetró en el polvorín del fuerte de La Media Luna, volando una parte del mismo con los ciento cincuenta hombres que lo guarnecían. Aquella explosión terrible originó una segunda explosión que destruyó gran parte de la fortificación, las casamatas y los reductos. Aquel certero disparo causó ciento cinco muertos y numerosos heridos entre los defensores y la brecha que produjo permitió la penetración de las compañías de Cazadores al mando de Ezpeleta y Girón, asentándose los dos obuses y los dos cañones de campaña que estaban en el reducto para contestar el fuego que efectuaron los británicos desde Fort George. Durante el ataque, las baterías españolas aumentaron sus andanadas.

A las tres de la tarde, Campbell ordenó izar bandera de parlamento y envió un mensajero para proponer una tregua que tratara la capitulación. Gálvez la aceptó y luego se procederá de inmediato al canje de prisioneros y heridos, mas no resultó fácil llegar a un acuerdo, pues Gálvez advirtió que los británicos sólo pretendían ganar tiempo, por lo que las hostilidades no cesaron hasta la noche del día siguiente, 9 de mayo.

El número de prisioneros ascendió a mil ciento trece entre oficiales y soldados de las fuerzas regulares británicas, aparte de los numerosos negros e indios aliados, aunque unos trescientos casacas rojas lograron huir durante la tregua con la ayuda de sus aliados indios y se refugiaron en Georgia, aún en poder británico. Todos los milicianos y auxiliares prisioneros fueron licenciados.

Panzacola cayó tras sesenta y un días de lucha constante, gracias a las acertadas maniobras dirigidas por Gálvez. Las bajas españolas se estimaron en setenta y cuatro muertos y ciento noventa y ocho heridos. En cuanto al botín, cabe destacar que fue de gran importancia en armamento militar: ciento cuarenta y tres cañones, seis obuses, cuarenta culebrinas, dos mil ciento cuarenta y dos fusiles, doscientos noventa y ocho barriles de pólvora y una enorme cantidad de bombas, granadas, bayonetas, balas de fusil, etc.

En cuanto a la tramitación para la capitulación de Panzacola, por parte británica estuvieron el gobernador y capitán general de La Florida Occi-

dental, Peter Cheste, y el general John Campbell, y por parte española el capitán venezolano Francisco de Miranda, brillante ayudante de campo del mariscal Cagigal y conocedor de la lengua inglesa, quien más tarde se convertirá en el precursor de la independencia de la América hispana⁶⁶. Los artículos acordados estipularon la entrega de todos los fuertes y puestos militares británicos del golfo de Méjico, excepto San Agustín de La Florida y Jamaica, honores de guerra para los vencidos y condiciones para ser transportados a Inglaterra, y plenas garantías para los no combatientes, sus familias y bienes⁶⁷.

Después de la batalla

El día 10 de mayo de 1781, a las tres de la tarde, seis compañías de Granaderos y las de Cazadores de la división francesa formaron a quinientas varas de Fort George. Luego, el general John Campbell salió de la fortaleza con sus tropas y, tras entregar las banderas con las ceremonias al uso, rindieron sus armas a las tropas españolas. A continuación, dos compañías de Granaderos tomaron posesión de Fort George y los Cazadores franceses hicieron lo mismo con la batería circular británica. La entrega del fuerte de Barrancas Coloradas se efectuará un día después.

Al mes siguiente, el grueso de las fuerzas que combatieron en Panzacola embarcó de regreso a La Habana, donde los vencedores tuvieron un recibimiento popular entusiasta, especialmente por cuanto representaba aquella victoria resonante de las armas españolas. Además, entre ellos había muchos criollos cubanos orgullosos de haber servido con lealtad a su rey y a la patria. Los buques de guerra escoltaron el convoy en el que viajaron los soldados británicos con sus jefes (entre ellos, el vicealmirante Peter Chester, gobernador y capitán general de la provincia), quienes permanecerán como prisioneros de guerra en las fortalezas habaneras en espera del canje concertado y en el que, como vimos, actuaría Miranda⁶⁸.

⁶⁶ El capitán venezolano Francisco de Miranda pertenecía al regimiento de la Princesa. Veterano de las campañas de Argel y Portugal, pasará a la historia como el precursor de la independencia de Hispanoamérica. Tras la Independencia de EE.UU. se convirtió en conspirador y caudillo revolucionario. Ascendido más tarde a coronel, despertó sospechas entre las autoridades españolas de Cuba por sus simpatías con la revolución norteamericana. Huyó a EE.UU. y luego a Inglaterra. General de los ejércitos de la revolución francesa y consejero de la zarina Catalina II la Grande de Rusia, dedicó luego su vida a la independencia de las provincias españolas en América.

⁶⁷ VÁZQUEZ DE ACUÑA, 1961, p. 71.

⁶⁸ PEZUELA, 1859, vol. III, p. 152.

Vizconde y luego conde de Galveztown

Bernardo de Gálvez, héroe indiscutido de aquellas formidables campañas militares que pusieron fin a la dominación británica en el valle del Misisipi y en La Florida Occidental ampliando nuestros dominios en la América del Norte, fue ascendido por Carlos III a teniente general del ejército español. El monarca también dispuso que añadiera a su escudo de nobleza la leyenda «Yo solo» (caso único de la heráldica española) con el fin de que permaneciera para siempre el recuerdo imborrable de la hazaña⁶⁹ que protagonizó aquel memorable 18 de marzo de 1781, cuando desafió las baterías del fuerte de Barrancas Coloradas para entrar en solitario con su bergantín Galveztown en las aguas de la bahía de Panzacola seguido de dos lanchas cañoneras y una balandra; y también ordenó que dicha bahía se llamara en su honor Santa María de Gálvez.

Por real cédula de 12 de noviembre de 1781, se creó el gobierno y la capitanía general independiente de La Florida Occidental, que comprendía la provincia de La Luisiana, Panzacola, La Mobila, Apalache y los demás territorios conquistados a los ingleses, siendo Gálvez nombrado su primer gobernador y capitán general. Pero además, atendiendo Carlos III a las peticiones de los jefes y los oficiales militares, los justicias, los hacendados y toda la población civil de La Luisiana, le concedió el título de vizconde de Galveztown, libre de lanzas y media anata, pudiendo añadir a sus armas una flor de lis de oro, en campo de azur, que era el usado en La Luisiana por antigua concesión del rey de Francia⁷⁰, aunque poco después, el 28 de marzo de 1783, el monarca anuló su título de vizconde de Galveztown para concederle el de conde de Gálvez, que fue expedido por real carta firmada en Aranjuez el 20 de mayo del mismo año⁷¹.

⁶⁹ *Ibidem*, ut supra. A.H.N. Sección Títulos de Nobleza y Grandezas. Legajo 5.085, n.º 2. El 13 de mayo de 1783, Carlos III concedió también a Gálvez la encomienda de Bolaños de la Orden de Calatrava, vacante por la muerte del duque de Santiesteban y pensionada con treinta y un mil cuatrocientos reales anuales.

⁷⁰ A.H.N. Sección Títulos de Nobleza y Grandezas. Libro 2.753, n.º 4. Asiento del decreto.

⁷¹ En 1874, Gálvez fue nombrado capitán general de Cuba cuando se encontraba en Aguadilla (Puerto Rico). Desde allí se trasladó a La Habana, a donde llegó el 4 de febrero para tomar posesión del mando de la isla. Dos meses después sucedió a su padre en el virreinato de Nueva España. Una vez en Méjico, mejoró el palacio de Chapultepec, emprendió la construcción de las torres de la catedral de Méjico y creó una escuela de botánica. Estimuló el comercio y redujo los aranceles de exportación. Fomentó el desarrollo de la agricultura autorizando la importación de esclavos y mediante la donación de terrenos. Alentó el establecimiento de inmigrantes y promovió una política de vecindad con los indios. En época de epidemia dispuso del pago de harina a Guanajuato, Toluca, Guadalajara, Durango, Zacatecas y el Real de los Catorce. Protegió a cuantos carecían de trabajo acogiéndoles en hospicios hasta que encontraran alguno. Desde Méjico organizó una expedición descubridora a la parte septentrional del golfo de Méjico, que estuvo al mando del almirante Andrés Fernández del Pez y el famoso cosmógrafo Carlos de Sigüenza y Góngora. Falleció en 1786, a los cuarenta años de edad, en el palacio arzobispal de Tacubaya.

El general Washington pudo seguir con la mayor atención las operaciones militares contra La Mobila y Panzacola, pues el comisionado regio interino, Rendón, le estuvo informando de todo cuanto ocurría a través de los informes que a su vez recibía de La Habana y de Nueva Orleáns. No obstante, pese a que la capitulación de Panzacola se había firmado el 10 de mayo de 1781, Washington recibió la noticia en su cuartel general de Dobbs Ferry (estado de Nueva York) a finales del mes de junio; y su mayor preocupación fue que los términos de la capitulación supusieran el envío de la guarnición vencida a San Agustín, Savannah o Charleston, ya que hubiera supuesto unas tropas de refuerzo importantes para las fuerzas del general Cornwallis, contra las que luchará en Yorktown (Virginia). Por eso, el 13 de julio escribió a Rendón para que le informara sobre la capitulación y le facilitara una copia del documento.

El antes mencionado Oliver Pollock, agente del congreso continental en Nueva Orleáns y a punto de ser nombrado cónsul de EE.UU. en La Habana, testigo presencial y ayudante de Gálvez en todos los sucesos de La Mobila y Panzacola como traductor, solicitó al congreso continental que el retrato de Gálvez fuera colocado en la galería del Independence Hall, en Filadelfia, en justo reconocimiento por su valiosa aportación a la independencia de EE.UU., tal como se había hecho con otros extranjeros. Pero como una paradoja amarga e injusta, nadie le hizo entonces el menor caso⁷².

TERCERA PARTE. APORTACIÓN ESPAÑOLA EN LA FASE FINAL DE LA GUERRA: YORKTOWN

Yorktown

España había contribuido de forma decisiva en la guerra de la independencia de EE.UU., incluso desde antes de declarar la guerra a Inglaterra (16-06-79); sin embargo, su aportación más definitiva aún estaba por llegar y será en Yorktown. En invierno de 1781, la contienda llevaba ya cinco años y los ingleses controlaban el litoral y los puertos y, aunque los colonos dominaban el interior, no podían derrotar a un enemigo que era dueño del mar y que disponía de unos diez mil soldados bien entrenados y equipados. Ante esta situación, Washington se dirigió a Luis XVI reclamando de «...*su generosidad, más barcos y más dinero...*», y el monarca francés respondió

⁷² Ver nota n.º 2.

con el envío de una poderosa escuadra, al mando de su almirante Francois Joseph Paul de Grasse, conde de Grasse, y al general Rochambeau con seis mil hombres para que se pusiera a las órdenes del propio Washington.

Por parte británica, lord Cornwallis sostenía serias divergencias con el general sir Henry Clinton, jefe supremo de las fuerzas británicas en América del Norte. Por entonces controlaba Charleston, Savannah y San Agustín, y operaba en Virginia cerca de la costa, intentando permanecer siempre lejos de Clinton para dirigir con la mayor libertad posible sus operaciones en el sur. Según Cornwallis, resultaba imposible subyugar los territorios más meridionales sin antes haber sometido toda Virginia, y creía que, una vez dominada Virginia, tales territorios podrían reconquistarse con facilidad si la Royal Navy seguía controlando las costas. En cuanto a Clinton, su mayor temor era que las recién llegadas tropas de Rochambeau⁷³ fueran empleadas por Washington en un ataque conjunto contra Nueva York, cuya posesión consideraba vital.

Tanto Cornwallis como Clinton estaban convencidos de que las escuadras de los almirantes Hood, Graves y Rodney hundirían todas las flotas conjuntas de España y Francia. Por tanto, nunca sospecharon que en el puerto francés de Brest se estaba organizando una flota mucho más poderosa que cualquiera de las que los franceses habían dispuesto desde hacía mucho tiempo: veintitrés buques de línea y numerosos transportes a bordo de los cuales viajarán tres mil docientos soldados veteranos al mando del marqués Claude Henri de Saint Simon. Esta flota estaba a las órdenes del almirante De Grasse, cuyo plan general consistía en arribar en Haití y en otras Antillas francesas para completar la expedición con fuerzas navales y terrestres de refuerzo, y embarcar provisiones; hacer escala en Cuba; y dirigirse a las Trece Colonias, para desembarcar las tropas terrestres del marqués de Saint Simon y realizar operaciones navales contra los británicos. Aunque luego las circunstancias determinaron el que la expedición se dirigiera a Virginia, donde se hallaban concentradas las fuerzas del general Cornwallis.

Los generales Washington y Rochambeau se hallaban al frente de sus tropas en las cercanías de Nueva York, que, como vimos, era donde Clinton pensaba que se produciría el ataque. Pero dejaron allí tropas suficientes para engañar por unos días a los británicos y marcharon con sus tropas a marchas forzadas por Princeton, Trenton, Filadelfia, Chester y Wilmington, para después dirigirse a Virginia. Precisamente fue en Wilmington donde supieron

⁷³ En julio de 1780, Jean Batiste Donatien de Vimeur, conde de Rochambeau, había partido de Francia al frente de una expedición de seis mil hombres. Este contingente finalmente combatirá junto a las tropas de Washington en Yorktown, a las órdenes del propio general norteamericano.

que la escuadra de De Grasse había arribado a la bahía de Chesapeake⁷⁴, que estaba formada por más de veintiocho navíos de tres puentes y docenas de fragatas y corbetas, y que transportaba tropas de Francia y de sus colonias antillanas.

Washington y Rochambeau embarcaron con sus respectivos ejércitos en buques de transporte franceses por Baltimore y Annapolis, hicieron escala en Mount Vernon, luego marcharon a Williamsburg y finalmente llegaron a Yorktown, en Virginia. Allí, las operaciones de ambos ejércitos quedaron bajo el mando único del general norteamericano, mientras que De Grasse quedó encargado del bloqueo por mar.

Los norteamericanos disponían de excelentes corsarios (John Paul Jones, John Barry, George Farraut y otros), pero carecían de una marina de guerra capaz de derrotar a las escuadras británicas en alta mar o junto a las costas de la América del Norte, algo que resultará decisivo para la victoria final, mientras que Inglaterra contaba con las bases navales de Nueva York, Savannah, Charleston y San Agustín.

El dominio efectivo de las costas resultaba esencial, aunque sólo fuera el tiempo necesario para asegurar el triunfo definitivo de las operaciones terrestres de los ejércitos. Antes, la propia escuadra francesa del almirante D'Estaing había sido incapaz de enfrentarse sola a las flotas británicas de Rodney, Graves y Hood; sin embargo, la entrada de España en la guerra permitió disponer de Cuba, con recursos militares y navales propios, como base de apoyo logístico tanto para los norteamericanos como para los franceses. Finalmente, la batalla de Yorktown se decidirá por el superior poder marítimo de uno de los bandos contendientes más que por las propias operaciones terrestres; por tanto, la participación de la poderosa flota francesa resultará decisiva.

Pero la travesía de la flota de De Grasse desde las Antillas hasta las costas de Virginia no resultó nada fácil y sólo fue posible gracias a la ayuda de España. Cuando llegó a Cabo Haitiano (16-06-81) había logrado algunos éxitos menores en el mar Caribe. Allí la expedición se reforzó con tropa veterana de los regimientos Gatinois, Agenois y Touraine, además de proveerse de vituallas, municiones y más artillería de campo. Pero el problema irresoluble del almirante francés resultó que los soldados y los marineros llevaban varios meses de servicio sin percibir salario alguno, primero durante los preparativos de la expedición en Brest, y luego durante los treinta y ocho días que el enorme convoy empleó en cruzar el Atlántico,

⁷⁴ La bahía de Chesapeake, en la costa atlántica, se halla situada junto a las costas de Virginia y de Maryland. Su puerto principal es Baltimore.

que no se completó hasta bien entrado el mes de abril. Para colmo, en Haití no había dinero para pagar los salarios atrasados, por lo que la situación se tornó crítica e hizo peligrar el éxito de la expedición. De Grasse tenía que conseguir el dinero con urgencia y sólo podía obtenerlo en Cuba. Aunque hipotecó algunas propiedades familiares en Haití y con ello logró algunas cantidades, resultó insuficiente al ser tan elevada la deuda. Este problema económico se agravó aún más cuando halló en Cabo Haitiano cartas que en mayo le había enviado Rochambeau, en las que le comunicaba que su ejército y el de Washington necesitaban urgentemente un millón doscientas mil libras tornesas⁷⁵.

Así pues, se trataba de un momento crucial de la guerra, en vísperas de Yorktown, una batalla llamada a ser decisiva. Washington estaba al frente de un ejército en el que muchos de los soldados carecían de uniformes y aun de calzado, en el que escaseaban las armas, la pólvora y las municiones, y, lo más grave, en el que se habían dado muestras de descontento en varias ocasiones por pasar hambre, llevar varios meses sin paga y tener que combatir contra un ejército británico que lo triplicaba en número. Además, para colmo, empezaba a correr el rumor que invitaba a la desertión.

Washington pensaba que la única forma de evitar que sus desmoralizadas tropas desertaran y de poder levantar su ánimo era pagándoles sus haberes atrasados y conseguir dinero para comprar todo el armamento y los pertrechos necesarios. Pero cuando solicitó el dinero al intendente de su ejército, Morris, éste le contestó que los fondos destinados a la guerra estaban casi agotados y que le resultaba imposible obtener la cantidad en metálico que le había pedido porque los posibles proveedores (España y Francia) no aceptaban aportar fondos a cambio de sus notas (letras de cambio) devaluadas del congreso. En efecto, aunque Francia quisiera, la situación de su erario público era pésima y no se lo permitía; y en cuanto a España, principal acreedora de EE.UU., su gobierno consideraba que el monto de la deuda era desorbitado y se oponía a aportar más dinero a cambio de unos bonos de tan escaso valor, aunque quizás también para forzar al congreso a una negociación desde una posición de fuerza.

El marqués de Saint Simon marchó entonces a La Habana como comisionado para gestionar un préstamo urgente con el capitán general Cagigal, quien se negó rotundamente a facilitárselo por varios motivos:

⁷⁵ Las libras tornesas de la época (de Tours, en Francia, donde había Casa de la Moneda) eran de plata y no tenían el valor de las libras esterlinas, sino alrededor de un franco o poco más de una peseta.

- Primero: El crédito de EE.UU. no era bueno; además, desde hacía años el congreso continental tenía una enorme deuda acumulada que saldar y no tenía con qué.
- Segundo: El gobierno de Luis XVI atravesaba por una profunda crisis económica y financiera, por lo que tampoco los franceses eran de fiar.
- Tercero: Como capitán general de Cuba no tenía atribuciones para facilitar una suma tan considerable del erario público a una flota extranjera, aunque fuera aliada y en tiempos de guerra. Por otra parte, quizás Cagigal hubiera recibido instrucciones al respecto del gobierno de Madrid.

Pero, a pesar de la negativa del capitán general de Cuba, los fondos necesarios para afrontar los salarios adeudados de la expedición y para la financiación de la campaña de Washington fueron conseguidos a través del entonces teniente coronel Francisco de Miranda, ayudante de campo del propio Cagigal. Miranda gozaba entonces de una enorme popularidad en la alta sociedad cubana por su personalidad, sus maneras y sus hazañas militares, y era recibido en los salones más distinguidos de La Habana y de Matanzas. Como ayudante del capitán general supo el fracaso de la misión del marqués de Saint Simon y, como también sabía que la revolución norteamericana era una causa muy popular entre sus amigos cubanos, indagó su disposición, a través de la familia Menocal⁷⁶, para promover una colecta con destino a la flota del almirante De Grasse y a las tan necesitadas tropas de Washington. La reacción de los cubanos fue muy favorable, especialmente entre las damas de La Habana y de Matanzas, quienes donaron gran cantidad de dinero y joyas e hicieron gestiones entre sus maridos, amistades y parientes para que también contribuyeran en la colecta. En medio de la admiración general, aquellas damas cubanas recaudaron las tan necesarias ¡un millón doscientas mil libras tornesas en sólo cuarenta y ocho horas! ¡Qué mujeres aquellas!⁷⁷

⁷⁶ Entre las amistades de Miranda figuraba la muy influyente familia Menocal (llamada así, aunque con más propiedad debería ser García-Menocal). Los Menocal tenían una gran hacienda en Ceiba Mocha y otra en Jagüey Grande (ambas en Matanzas), que les fueron concedidas por Carlos III en 1763, cuando tuvieron que emigrar de La Florida Oriental para no vivir bajo la dominación británica, tras el canje de esa provincia por La Habana en el tratado de Versalles, que puso término a la guerra de los Siete Años. Los Menocal se relacionaron con Miranda en los años 1780-81 y participaron de forma muy activa con él en la colecta realizada por las damas cubanas para la escuadra francesa y las tropas de Washington.

⁷⁷ Tampoco hay que olvidar que unos años antes, en 1762, el cabildo de La Habana se negó a jurar lealtad a Jorge III de Inglaterra para no cometer perjurio, y precisamente las damas cubanas enviaron un memorial al rey con su repulsa por la rendición de La Habana a los ingleses, criticando además los errores del capitán general Juan de Pardo Portocarrero y de la junta militar que organizó la defensa.

Gracias a la donación cubana, la flota del almirante francés zarpó de Cabo Haitiano hacia La Habana con sus marinos y soldados entusiasmados al saber que recibirían sus salarios atrasados. La fragata L'Agriette, muy velera, se adelantó para embarcar aquel valioso tesoro en La Habana y en Matanzas, y al norte de esta última se incorporó al convoy bajo la protección del buque insignia, el Ville de París, de ciento diez cañones, para continuar por fin rumbo a Virginia⁷⁸.

Por otra parte, los comerciantes que antes se habían negado a avituallar a las tropas de Washington empezaron a hacerlo tan pronto como él les enseñó sus libras tornesas acuñadas en plata llegadas de Cuba. Aquel dinero español hizo milagros.

El 15 de agosto, De Grasse escribió a Rochambeau informándole sobre la donación de las damas cubanas y lo hizo con grandes elogios⁷⁹. Stephen Bonsal ha sido el primer historiador norteamericano que ha tratado este asunto y lo hizo en los siguientes términos: «...*el millón que se le dio a Saint Simon por las señoras de La Habana para pagar las tropas puede con verdad ser considerado como los cimientos sobre los cuales se erigió el edificio de la independencia norteamericana...*»⁸⁰. Tan fabulosa suma fue una donación sin interés alguno, ni devolución y sin tampoco condiciones. Pero, sobre todo, se trató de una donación realizada en un momento crítico y decisivo de la guerra de la independencia de EE.UU.: la batalla de Yorktown. La mayor parte de aquel tesoro donado por las cubanas, ochocientas mil libras tornesas, se empleó para pagar a los soldados y a los marinos de la expedición francesa, y las otras cuatrocientas mil se entregaron a Washington para saldar las pagas atrasadas de los soldados y adquirir los pertrechos necesarios. ¿Qué hubiera ocurrido si la flota francesa no hubiera podido partir de Cabo Haitiano y, por tanto, no hubiera realizado el bloqueo por mar durante la batalla? ¿Qué hubiera ocurrido también si los soldados de Washington no hubieran cobrado, precisamente cuando su irritación era creciente y entre ellos corrían voces que animaban a la desertión?

Aquel dinero español se depositó en una casa de Yorktown para proceder a su reparto entre soldados y marinos, pero fue tal el peso del millón doscientas mil libras tornesas en plata acuñada que hubo que reforzar los pisos de aquel edificio para evitar su posible hundimiento. Por otra parte,

⁷⁸ Una hermosa leyenda muy popular dice que las damas cubanas donaron su dinero, vendieron o empeñaron todas sus joyas, y lograron que sus maridos vaciaran sus pucheros para ofrecer sus ahorros.

⁷⁹ TEJERA, Eduardo J.: *La ayuda cubana a la lucha por la independencia de los Estados Unidos*. Editorial Bilingüe, Miami, 1972, p. 103.

⁸⁰ BONZAL, Stephen: *When the french were here*. Fort Washington, Nueva York, 1945, pp. 119-120.

pese a lograrse la participación de la flota de De Grasse y pagados los haberes adeudados a los soldados de Washington, aún quedaba otro problema para resolver: armar debidamente a las propias tropas de Washington. En este caso, el segundo «milagro» corrió a cargo de la corona de España, pues poco después de la mencionada donación cubana salió de La Habana una expedición con armas, pólvora, municiones y mantas para el ejército de Washington.

Finalmente, el 19 de octubre de 1781 tuvo lugar en la costa virginiana la batalla de Yorktown, en la que unos siete mil soldados franceses del general Rochambeau y unos nueve mil quinientos norteamericanos del general Washington derrotaron a las tropas británicas del general Cornwallis, quienes quedaron atrapadas. En definitiva, la donación cubana y la ayuda prestada por la corona de España resultaron providenciales en aquella batalla decisiva de la guerra de la independencia de EE.UU., en la que la cifra total de los prisioneros de guerra británicos ascendió a siete mil doscientos cuarenta y siete hombres.

Jamaica y las Bahamas. Fracaso y éxito de las últimas expediciones militares españolas

El plan estratégico de España tenía por objetivo principal la expulsión de los británicos de sus dominios en América aprovechando la coyuntura deparada por la guerra de la independencia de EE.UU., que también contaba con el apoyo de Francia y Holanda. Se había logrado mucho en el valle del Misisipí y en el golfo de Méjico, como también se habían cosechado victorias contra los ingleses en la isla de Roatán y otras zonas del golfo de Honduras, cuya guarnición de cerca de doscientos soldados británicos fue trasladada a La Habana como prisionera de guerra. Por otra parte, España también aspiraba a reconquistar Jamaica, perdida el siglo anterior.

Nada más producirse la conquista de Panzacola, Gálvez envió a Cuba un contingente de diez mil hombres para que fueran empleados cuanto antes en la conquista de nuevos territorios británicos, sobre todo, Jamaica y las islas Lucayas o Bahamas.

De acuerdo con el plan de operaciones para tomar Jamaica, la isla sería atacada desde Guarico (Santo Domingo). Sin embargo, las tropas españolas tendrían que combatir junto a las aliadas francesas de la flota del almirante De Grasse, ya que el contingente español había quedado bastante mermado por las enfermedades tropicales y el envío de dos expediciones a Honduras (dos mil hombres) y a las islas Lucayas (dos mil quinientos hombres) en 1782.

Gálvez llegó a Guarico a finales de febrero de 1782 para iniciar los preparativos de la expedición contra Jamaica junto al conde de Grasse. Pero ocurrió que, el 9 de abril, la flota francesa, compuesta por treinta y seis buques, fue derrotada por la escuadra británica del almirante Rodney, de cuarenta y cuatro navíos. Por tanto, al reunirse Gálvez y De Grasse, ambos acordaron esperar la llegada de tropas de refuerzo enviadas desde Europa, porque sus fuerzas disponibles resultaban insuficientes.

Por otra parte, el capitán general Cagigal y su ayudante Miranda habían marchado en la expedición para la conquista de las islas Lucayas, donde los ingleses tenían la base principal de sus buques corsarios: Nueva Providencia. En seis años de guerra, los ingleses habían capturado ciento treinta y siete buques mercantes norteamericanos, veinticuatro franceses, catorce españoles y un holandés.

Esta expedición, que estuvo al mando del propio Cagigal, estaba compuesta por dos mil quinientos hombres procedentes de cinco regimientos: Rey, España, Guadalajara, Navarra y Fijo de La Habana. También participó en la expedición el comodoro Alexander Gillon, de Carolina del Sur, personaje turbulento que, con su fragata *South Carolina*, se limitó a escoltar el convoy y, por tanto, sólo participó en el combate preliminar. En cuanto a la guarnición británica de Nueva Providencia, ésta contaba con cuatrocientos sesenta hombres de los regimientos XVI y XLVI.

El combate se inició el 6 de mayo de 1782 y concluyó dos días después con la victoria de las armas españolas. En Nueva Providencia se hizo prisioneros a doscientos setenta y cuatro soldados veteranos y trescientos treinta y ocho milicianos británicos; y además, se apresó a dos buques corsarios británicos allí fondeados y se rescataron sesenta y cinco barcos mercantes (en su gran mayoría norteamericanos). Pero a la hora del reparto del botín se produjo un serio incidente entre Gillon y los mandos de la expedición, ya que éste exigió una parte muy considerable en el reparto de los buques capturados a los británicos. Finalmente, Gillon embarcó en su fragata y se retiró indignado, cuando los españoles le «...*refrescaron la memoria...*» al recordarle que en 1778 todos sus buques habían sido reparados y debidamente artillados y avituallados en los astilleros de La Habana sin que él pudiera afrontar los gastos, ya que fueron financiados por Juan de Miralles⁸¹ y su cuñado Juan José Eligio de la Puente, sin la menor esperanza de

⁸¹ Juan de Miralles fue el primer comisionado regio de Carlos III ante el congreso continental de Filadelfia, durante los años 1777-80.

que el congreso continental o el estado de Carolina pudieran reembolsarles sus anticipos⁸².

Allí, en Nueva Providencia, numerosos españoles, norteamericanos, franceses y holandeses fueron liberados, puesto que desde hacía tiempo se hallaban encarcelados como prisioneros de guerra al haber sido apresados por los buques corsarios británicos. No obstante, conviene añadir que sólo pudieron ser rescatados los supervivientes, puesto que muchos prisioneros murieron y fueron enterrados en Nassau y en otras islas. También los corsarios británicos habían trasladado a numerosos prisioneros españoles (peninsulares y cubanos) a Nueva York, y allí murieron ciento treinta y siete en el injusto olvido⁸³. ¿Por qué los nombres de estos españoles no figuran con pleno derecho en las listas de los que contribuyeron con sus vidas a la independencia de los EE.UU.?

En cuanto a Gálvez, vimos que el conde de Grasse y él habían acordado esperar auxilios de Europa. Desde entonces, Gálvez permaneció sumido en la desesperación debido a la inactividad. Luego, para colmo de males, en enero de 1783 recibió la orden de unir sus tropas a las francesas y dejar el mando en manos del conde de Estaing⁸⁴, aunque Gálvez no llegó a ceder el mando de sus tropas, pues el día 20 del mismo mes se firmó el tratado de París (o de Versalles) que puso término a la guerra. En consecuencia, el ejército de operaciones terminó disgregándose y sus tropas fueron enviadas finalmente a Buenos Aires, El Callao y España.

El 5 de abril la escuadra del almirante Hood llegó a Guarico con el príncipe William, duque de Lancaster. Gálvez le recibió y, entre los regalos que le hizo, el más importante fue el indulto general de los soldados ingleses prisioneros en La Luisiana.

El 28 del mismo mes Gálvez regresó a la península con sus tropas, aunque por poco tiempo. Al año siguiente, el 1 de junio de 1784, fue nombrado capitán general de Cuba (provisional). En su travesía hacia Cuba, hizo escala en La Guaira, donde supo que el 3 de noviembre había fallecido su padre, el virrey de Nueva España. Luego, el 4 de febrero de 1785, Gálvez desembarcó en La Habana para asumir el mando (provisional) de la capitanía general de Cuba; aunque por breve tiempo, ya que al

⁸² El capitán general de Cuba, Navarro, entregó en secreto cincuenta mil pesos a Guillon para la revolución norteamericana. También le prometió el costo de la reparación de sus barcos en los astilleros del arsenal de La Habana y otros aportes por vía de Cuba: armamento, medicinas, víveres, etc. PORTELL-VILÁ, 1978, 140.

⁸³ IBÍDEM, p. 123.

⁸⁴ Luis XVI exigió el mando del contingente expedicionario aliado para el conde de Estaing. Carlos III accedió, aunque prefería a Gálvez.

mes siguiente fue nombrado virrey de Nueva España, también en calidad de interino⁸⁵.

CUARTA Y ÚLTIMA PARTE. CONCLUSIONES

Desde el principio de la guerra, la revolución norteamericana siempre contó con la colaboración de España y Francia (también de Holanda, aunque en menor grado), y la misión de sus emisarios (Franklin, Deani y Lee) para lograr su cooperación resultó muy fácil porque había un claro espíritu de revancha por parte de Carlos III y Luis XVI a consecuencia de su derrota en la guerra de los Siete Años. Además, si ambos monarcas apoyaron a las Trece Colonias, lógicamente no lo hicieron en modo alguno por cuestión ideológica, sino sólo por razones de estado.

España e Inglaterra eran las únicas potencias coloniales de la América del Norte, de ahí que España se hallara en mejores condiciones de cooperar que Francia por razones muy obvias. El virreinato de Nueva España (Méjico) se extendía por todo el oeste y el medio oeste de lo que hoy son los EE.UU., y Francia había cedido a España La Luisiana, con capital en Nueva Orleáns, como compensación por la pérdida de las Floridas (1763). Al dominar Inglaterra la franja atlántica de EE.UU, donde se asentaban las Trece Colonias y todo el territorio del Misisipí, la confrontación directa con España resultaba inevitable; pero tal circunstancia no ocurría con Francia.

Conforme al tratado de paz suscrito por el conde de Aranda y el duque de Manchester en Versalles (3-09-83), Jorge III cedió a la corona de España ambas Floridas sin especificar límites. Pero en el reconocimiento de la independencia de EE.UU. se fijó como frontera meridional una línea tendida entre los ríos Misisipí y Apalachicola, pasando por el paralelo treinta y uno de latitud. Gálvez protestó indignado al rey, puesto que tal demarcación restaba territorio a la provincia al suponer la pérdida de Natchez y dejar sólo diez leguas de tierra sobre el golfo de Méjico, y además, por si fuera poco, privaba también a España del preciado comercio de peletería con los indios y entregaba la bahía de Mobila a los norteamericanos.

⁸⁵ Capitanes generales de Cuba de esta época: Diego José Navarro (1777-81), Juan Manuel Cagigal (1781-82), Luis de Unzaga (1782-85, provisional), Bernardo de Gálvez, Bernardo Troncoso, José Ezpeleta y Domingo Cabello (1785, todos provisionales), y José Ezpeleta (dic. 1785-89).

La ayuda moral, financiera, comercial y logística de España a la Revolución Norteamericana

En la guerra de la independencia de EE.UU., las operaciones militares de los españoles y sus colonos se efectuaron con la combinación del poderío marítimo y fluvial y las campañas de tierra, precisamente cuando Inglaterra era la primera potencia naval de la época. Resulta muy importante advertir, desde el punto de vista de España, que tal desventaja se compensó gracias a la utilización de Cuba, que contaba con recursos militares propios y con una situación geográfica privilegiada como base para la reparación y avituallamiento de los barcos norteamericanos y franceses, como también para el envío de expediciones militares contra los ingleses.

La primera ayuda prestada por España fue de tipo económico. El conde de Aranda entregó a los norteamericanos un millón de libras tornesas, con las que pudieron adquirir cañones, granadas, pólvora, municiones, fusiles, bayonetas, uniformes, etc. Las remesas de dinero fueron constantes por medio de la casa Gardoqui e Hijos, de Bilbao. Los barcos Amphryte y San Julián partieron de Bilbao con dinero y pertrechos muy necesarios, por no decir vitales, para la revolución norteamericana. Juan de Miralles, alicantino residente en Cuba, fue nombrado comisario regio ante el congreso de Filadelfia. Hombre clave y de grandes dotes, se hizo amigo de George Washington, de Patrick Henry y de otras figuras del gobierno norteamericano. Si en un principio el apoyo de la corona de España había sido por razones de estado, a través de Miralles se estableció una estrecha relación personal entre los representantes de las Trece Colonias y la capitánía general de Cuba. Miralles contribuyó a liberalizar las relaciones comerciales entre La Habana y EE.UU., romper el bloqueo de Inglaterra a EE.UU. y disponer que los puertos cubanos fueran bases navales para los barcos norteamericanos donde no sólo podían proveerse de todo cuanto fuera necesario, sino también hallar protección⁸⁶.

No hay la menor duda sobre el carácter decisivo que tuvo la intervención de España en la guerra de la independencia de EE.UU. En el aspecto financiero baste recordar que las aportaciones españolas fueron muy cuantiosas y que se realizaron en pesos o «duros» españoles (moneda de plata de valor alto en aquella época), en doblones de oro (el doblón valía cuatro

⁸⁶ Juan de Miralles llegó a tener tal prestigio en EE.UU., que Washington ordenó que se le confirieran honores militares cuando murió en abril de 1781 y estuvo en el cortejo fúnebre. El 2 de mayo se celebró una misa por su alma a la que asistieron las personalidades norteamericanas de entonces y que fue el primer acto religioso católico al que asistieron funcionarios de EE.UU.

pesos), en reales (diez o más reales valían un peso) y en libras tornesas de plata (no esterlinas) cuyo valor aproximado venía a ser el de la peseta.

Pero aunque la ayuda en dinero metálico y en equipos de la corona de España al congreso continental de Filadelfia resultó esencial para que el desarrollo de las operaciones del ejército continental fuera posible, aún hoy no existe una tabulación definitiva de la enorme ayuda económica que la corona aportó desde España, Cuba, Méjico y Luisiana y, en mucho menor grado, desde Puerto Rico, Santo Domingo, Guatemala y Venezuela. Por supuesto, existe abundante documentación en archivos sobre préstamos y donaciones españolas (Archivo Histórico Nacional de Madrid, Archivo General de Indias (Sevilla), Archivo Nacional de México, Archivos Públicos de la Biblioteca del Congreso de EE.UU.), y también se han realizado investigaciones importantes (Francisco Morales Padrón, Samuel Flagg Bemis, Richard Hill, Elisabeth West, Herminio Portell-Vilá, James Alexander Robertson y muchos otros). Sin embargo, a pesar de que la documentación es muy numerosa y detallada, los problemas para una tabulación definitiva no son pocos:

España declaró la guerra a Inglaterra el 16 de junio de 1779 (tres años después de la declaración de independencia de Filadelfia); por tanto, todos los documentos anteriores que probaran la colaboración de la corona de España en la guerra de la independencia de EE.UU. tenían el carácter de «alto secreto». De ahí que muchos documentos fueron destruidos.

La revolución norteamericana obtuvo la colaboración de España no sólo en sus posesiones de América (Cuba, Luisiana, Méjico...), sino también desde Europa. Durante los años 1776-82, la gran ayuda económica y en equipos a la insurrección norteamericana se efectuó de forma indirecta y secreta. Por tanto, aunque hay mucha documentación, también una buena parte no se ha conservado.

Una vez que España declaró la guerra a Inglaterra, los norteamericanos recibieron ayuda directa de Bernardo de Gálvez, gobernador de La Luisiana, y en un doble sentido: por una parte su entrega de dinero y equipos de todo tipo (armas, pólvora, municiones, víveres, quinina, etc.) a los guerrilleros norteamericanos, y por otra sus campañas militares del valle del Misisipí, La Mobila y Panzacola. Aunque ha sido investigada la abundante documentación existente sobre donaciones, préstamos y entrega de equipos desde La Luisiana, todavía se requiere un estudio con mayor profundidad.

A partir de la declaración de guerra de España a Inglaterra, La Habana cobró una importancia aún mayor que antes como base de expediciones, y no sólo españolas sino también norteamericanas y francesas. El capitán general de Cuba, Diego José Navarro (como su sucesor, Juan Manuel de

Cagigal), ofreció una ayuda directa a los norteamericanos en préstamos, donaciones, armamento, etc. Baste sólo aquí recordar, como ejemplo, el caso del mencionado comodoro Alexander Gillon, de Carolina del Sur, quien marchó a La Habana con sus buques en busca de ayuda y, una vez allí, todos sus barcos fueron reparados, artillados y avituallados en los astilleros del arsenal y sin que él pudiera afrontar los gastos. En este caso, vimos como el comisario regio de España ante el congreso continental de Filadelfia, Juan de Miralles, residente en Cuba, y su cuñado Juan José Eligio de la Puente, fueron quienes anticiparon los pagos, y lo hicieron sin la más mínima esperanza de que el congreso continental o el estado de Carolina les reembolsara sus anticipos. Además, Navarro dio cincuenta mil pesos en secreto a Gillon para que entregara dicha suma al congreso continental. Se trata de un ejemplo más entre los numerosos que están documentados, pero también hubo muchos casos similares que han sido olvidados o silenciados, por lo que no aparecen en ninguna tabulación.

Sin pretender en modo alguno hacer una tabulación aproximada, y mucho menos definitiva, vamos a exponer a continuación sólo el cuadro muy interesante que ofrece el comandante e historiador José Manuel Guerrero⁸⁷ sobre la ayuda material de España a la revolución norteamericana en los años 1776-82. Se trata de un cuadro incompleto, pues sólo en los archivos españoles hay documentos sobre aportaciones realizadas y que no aparecen aquí consignadas. Pero pese a todo, los datos que ofrece el comandante Guerrero son muy elocuentes y de un enorme interés, pues aún siendo incompletos, reflejan con gran claridad el enorme volumen de la ayuda española:

<i>FECHA</i>	<i>CLASE</i>	<i>UTILIZACIÓN</i>	<i>OBSERVACIONES</i>
Julio 1776.	Cuatro millones de reales. Pagado al 50% con un millón de libras tornesas enviadas por Grimaldi al conde de Aranda el 17 de junio. El 12 de julio Aranda lo recibió en la embajada española en París y el 7 de septiembre lo entregó ⁸⁸ .	Doscientos dieciseis cañones, veintisiete morteros, doscientas treinta y ocho cureñas, 12.826 bombas, 51.134 balas, 300.000 libras de pólvora, 30 fusiles con bayoneta, 4.000 tiendas y 30.000 uniformes completos.	Vía París-Santo Domingo-EE.UU.

⁸⁷ GUERRERO ACOSTA, op. cit., pp. 214-215.

⁸⁸ A.H.N. Sección Estado. Leg. 3.898 bis. Año 1776.

<i>FECHA</i>	<i>CLASE</i>	<i>UTILIZACIÓN</i>	<i>OBSERVACIONES</i>
Enero-feb. 1777. Recogidos en marzo de 1778 por Oliver Pollock en Nueva Orleáns.	9.000 varas de paño azul, 1.710 varas de paño blanco, 2.992 varas de estameña blanca (lienzo), 7 cajones de botones metálicos, 2 cajones de quina de 6 arrobas 100 quintales de pólvora y 300 fusiles con bayoneta y vaina.		Vía La Habana-Luisiana.
Mayo-junio 1777. Diego de Gardoqui envió letras de cambio a Arthur Lee, diputado del Congr. Continental, residente en París.	946.942 reales.	12.000 fusiles, tela para uniformes y dinero en metálico.	Seis navíos, entre ellos, el <i>Fabby</i> , al mando del capitán John Hoadges. Zarparon de La Habana hacia las Trece Colonias ⁸⁹ .
Junio 1778.	9.612 pesos.	Equipo de una goleta.	La Habana.
Junio 1778. Octubre 1778. Julio 1779. Julio 1779. Julio 1778.	24.023 pesos. 15.948 pesos. 22.640 pesos. 5.000 pesos. 11.476 pesos.	Provisiones. Uniformes tropas Illinois. Efectos navales. Tropas norteamericanas de los Lagos	Entregado por Gálvez a Oliver Pollock en Nueva Orleáns.
Julio-septiembre 1777	53.000 pesos. 50.000 pesos. 30.000 mantas.	Géneros varios. Metálico.	Vía París.
Octubre 1780. Diciembre 1780. Enero 1781. Febrero-marzo 1781.	150.000 pesos. 24.000 pesos fuertes. 17.892 pesos fuertes. 32.000 pesos.	¿Vestuario? Vestuario.	Adquirido en París. (Uniformes apresados a los ingleses)
Febrero 1781. Abril 1781. Abril 1781. Mayo 1781. Junio 1781.	20.000 pesos. 9.035 pesos. 173.021 reales de vellón. 14.000 pesos fuertes 173.021 pesos.	Vestuario.	Adquirido en Cádiz.

⁸⁹ Ibidem, ut supra. Año 1777.

<i>FECHA</i>	<i>CLASE</i>	<i>UTILIZACIÓN</i>	<i>OBSERVACIONES</i>
Junio 1781. Agosto 1781.	500.000 pesos. 1.000.000 pesos y otros suministros.	Flota francesa del Conde De Grasse.	En La Habana y Sto. Domingo para la expedición de la bahía de Chesapeake contra el general Cornwallis (Yorktown).
Noviembre 1781.	51.083 pesos.		
Marzo 1782.	26.000 pesos fuertes.		

Pero también deben hacerse otras muchas consideraciones. Veamos a continuación algunos claros ejemplos.

Las fábricas mejicanas de pólvora enviaron a La Habana y a Nueva Orleans sus sobrantes de municiones y pólvora, que fueron a manos de los patriotas norteamericanos (George Gibson, James Willing y George Rogers Clark). ¿Cuál sería el verdadero valor de nueve mil libras de pólvora española una vez transportadas río arriba por el Misisipí y el Ohio para ser entregadas a Clark a tiempo para su ofensiva contra los ingleses? ¿En cuánto podría tasarse una caja con doscientas libras de quinina entregadas en San Luis, o quinientas mantas u otros tantos uniformes militares, o cien fusiles con sus bayonetas, cuando nada de ello podía adquirirse a ningún precio, ni transportar ni tampoco entregar libremente a los revolucionarios norteamericanos en aquellas regiones? Sin duda, el valor real de este material tan esencial para la logística de la guerra, como el numeroso material estratégico entregado por España durante la misma, no podría en modo alguno calcularse en términos monetarios.

La ayuda militar: las campañas de Gálvez

En 1776, Patrick Henry y Thomas Jefferson, como gobernadores de Virginia, y también el general Charles Lee (antes de su traición) propusieron al gobernador de Luisiana, Luis de Unzaga, una acción militar conjunta contra los británicos en el valle del Misisipí y sus bases navales de La Mobila y Panzacola, prometiéndole además que los territorios de ambas Floridas serían para la corona de España. Pero cuando llegó el momento decisivo de ponerse a actuar, el sucesor de Unzaga, Bernardo de Gálvez, tuvo que emprender su campaña militar sin la tan prometida colaboración de EE.UU. y, además, sólo contó con diez voluntarios norteamericanos en Manchac y veintiseis en La Mobila. ¿Qué fue entonces de la prometida acción militar conjunta? Pues nada, una mera promesa.

Pero si la ayuda moral, financiera, comercial y logística de España tuvo una importancia muy relevante en la guerra de la independencia de EE.UU.,

no menos lo fue su ayuda militar en todo el territorio que va desde La Luisiana hasta Panzacola. El envío de tropas españolas para atacar el flanco sur del despliegue británico en Norteamérica (más de once mil hombres) durante las campañas militares dirigidas por Gálvez supuso un esfuerzo muy superior al que realizó Francia en esta época⁹⁰. Además destruyó el plan estratégico británico en el Caribe y obligó al envío de tropas que eran necesarias en Virginia a las guarniciones de Florida y Jamaica. Puede incluso afirmarse, como señala con acierto Luis Fernández Caubí, que Bernardo de Gálvez fue el «arquitecto» de una hermandad militar que se creó entre españoles peninsulares, españoles criollos (cubanos, mejicanos, dominicanos, venezolanos, guatemaltecos, portorriqueños...) y norteamericanos, en lo que se ha llamado con acierto «...*el segundo frente que dividió a los ingleses...*»⁹¹.

Por otra parte, cabe destacar que todos los ejércitos que participaron en la guerra de la independencia de EE.UU. emplearon, de forma directa o indirecta, una táctica muy similar a la vigente en Europa, inspirada en mayor o menor grado por la desarrollada por Federico II de Prusia. Se basaba en el llamado «orden oblicuo», las líneas de batalla y las formaciones cerradas.

En la península, la táctica de la Infantería, inspirada en la prusiana y redactada por Álvarez de Sotomayor, se hallaba recogida en las citadas Reales Ordenanzas de 1768. Pero todo este sistema de formaciones rígidas y de complicadas evoluciones resultó inapropiado fuera del teatro de operaciones europeo, puesto que nuestras tropas peninsulares tuvieron que adoptar en América los procedimientos poco ortodoxos del enemigo. Tal fue el caso de las campañas militares de Gálvez en el valle del Misisipí, La Florida y el Caribe, donde los combates giraron en torno a la defensa y el asedio de plazas fuertes y fortificaciones de campaña, y también contra los indios aliados de los británicos (Creeks, Chickasaws, Cherokees, Seminolas y otros). Si bien la Caballería tuvo un escaso empleo en la campaña militar de Gálvez, limitándose el escaso número de caballos en labores de exploración, vigilancia y enlace, la Artillería sí alcanzó una función muy esencial.

⁹⁰ Al igual que algunas tropas enviadas desde la península, las del regimiento del Rey partieron de Cádiz y atravesaron todo el territorio español para embarcar en Tuy (Pontevedra) ya que su coronel, Luis Rebolo Pont, había solicitado a Carlos III el honor de luchar en América contra los ingleses. El coronel Rebolo murió heroicamente el 30 de marzo de 1781 frente a las fortificaciones enemigas de Panzacola y fue enterrado con cuatro soldados de su regimiento, junto con otros compatriotas, bajo las cálidas arenas de Florida. En el historial del regimiento de Infantería Inmemorial del Rey n.º 1 quedará para siempre la memoria de sus caídos al servicio del rey y de la patria, como también en ayuda de la joven nación norteamericana.

⁹¹ FERNÁNDEZ CAUBÍ, 1996, p. 10-A.

En aquella época, los Ingenieros de todos los ejércitos estudiaban las técnicas vigentes de ataque y defensa de fortificaciones, que estaban inspiradas en el método de Vauban de aproximación por paralelas⁹². Pero en España, además de estas tácticas, continuaron también en vigor las de Fernández de Medrano (1687), que eran muy similares. La mayoría de las fortificaciones españolas de ultramar se construyeron conforme a los métodos de la escuela de fortificación hispanoamericana, que había adaptado los principios de la Academia de Matemáticas de Madrid a las condiciones específicas de ultramar, muy diferentes a las de Europa, mejorando las construidas en los siglos anteriores por los ingenieros de la escuela italiana (Juan Bautista Antonelli, siglo XVI). Por tanto, las plazas fuertes permanentes ultramarinas tenían la típica traza poligonal, muros rectos, baluartes y fosos, pero adaptadas al terreno donde se asentaban.

Sin embargo, la fortificación de campaña más usual en los campos de batalla del este y el sur de EE.UU. disponía de trazados comunes a todos los ejércitos e intentaba imitar las fortificaciones permanentes⁹³. Se construía con tierra y madera, tenía planta poligonal y disponía de asentamientos para instalar baterías. Por otra parte, también se cavaban trincheras y se edificaban reductos según los diseños de Clainac y Leblond⁹⁴.

Para el ataque a las fortificaciones se seguía el citado método de Vauban de aproximación por paralelas. Consistía en efectuar cuatro operaciones sucesivas: cercar la plaza y aislarla, bombardearla con la artillería, aproximarse mediante trincheras en paralelo y zigzag, y finalmente tomarla al asalto. Había que abrir tres paralelas y establecer una serie de baterías avanzando lentamente hasta situarse muy cerca del glacis, para luego abrir una brecha a cañonazos o con minas. Según este método, perfectamente reglamentado, se calculaban los días necesarios para rendir la plaza.

Pero el asedio a las fortificaciones resultó también diferente en América. Los franceses, muy formalistas, siempre permitieron que sus zapadores concluyeran sus trabajos con gran número de bajas. Si los norteamericanos sufrieron menos bajas en Yorktown (19-10-81) fue porque procedieron al

⁹² El método de Vauban de aproximación por paralelas consistía en efectuar cuatro operaciones sucesivas: cercar la plaza y aislarla; bombardearla con artillería; aproximarse mediante trincheras en paralelo y zigzag; y, finalmente, tomarla al asalto. Había que abrir tres paralelas y establecer una serie de baterías avanzando lentamente hasta situarse muy cerca del glacis, para luego abrir una brecha a cañonazos o con minas. Según este método, perfectamente reglamentado, se calculaban los días necesarios para rendir la plaza.

⁹³ Los ingleses utilizaron ampliamente la fortificación de campaña, de carácter semipermanente, como los fuertes del Misisipí o los de Panzacola, tan diferentes a los castillos y los fuertes españoles de San Agustín, Bahamas, Honduras y Guatemala.

⁹⁴ GUERRERO ACOSTA, op. cit., p. 207.

asalto sin que sus zapadores acabaran sus trabajos⁹⁵. Precisamente, Gálvez también lanzó sus hombres al ataque lo antes posible en Panzacola, pues también sabía que, de prolongarse el cerco, las enfermedades tropicales causarían un número de bajas similar al de las producidas en combate.

La campaña militar de Gálvez tiene que ser considerada de primera magnitud si la comparamos con otras acciones de la guerra de la independencia de EE.UU., tanto por el número de efectivos empleados, días de trinchera, y bajas y prisioneros que sufrieron las fuerzas británicas, como también por sus antes mencionadas repercusiones en la estrategia global de los ingleses. Una simple enumeración de las operaciones de sitio que resultaron más relevantes de la guerra durante los años 1776-81 y los días de trinchera⁹⁶ nos permitiría demostrar la enorme trascendencia que tuvieron las operaciones militares que Gálvez dirigió en Florida:

- Savannah (10 oct.-23 nov. 1779): diecisiete días de trinchera. Fracaso norteamericano.
- Charleston (9-12 feb. 1780): cuatro días de trinchera. Victoria británica (dos mil trescientos prisioneros).
- La Mobila (9-14 mar. 1780): cuatro días de trinchera. Victoria española y de los aliados (trescientos siete prisioneros).
- Augusta (27 may.-17 jun. 1781): veinte días de trinchera. Fracaso norteamericano.
- Yorktown (28 sep.-19 oct. 1781): diecinueve días de trinchera. Victoria norteamericana y francesa (cinco mil setecientos prisioneros).
- Panzacola (26 mar.-9 abril 1781): catorce días de trinchera. Victoria española (mil cuatrocientos prisioneros)⁹⁷.

El conde de Gálvez, que poco después será nombrado virrey de Méjico⁹⁸, tuvo el honor de que una de las principales ciudades de Texas llevara su nombre. Además, desde hace muchos años existe la muy distinguida Orden de los Caballeros y Damas de Gálvez, que todos los años es recibida en la Casa Blanca por el presidente de los EE.UU. para recordar sus gestas militares y como muestra de la gratitud y la admiración que siempre le ha dispensado el pueblo norteamericano.

⁹⁵ Los ingenieros norteamericanos inventaron «la torre Mahan» para tomar las fortificaciones británicas.

⁹⁶ La batalla más sangrienta de la guerra de la independencia de EE.UU. fue la de Bunker Hill (1775), con doscientos veintiseis muertos y ochocientos veintiocho heridos británicos, y ciento cuarenta muertos y trescientos heridos norteamericanos. Sólo en La Mobila y Panzacola hubo trescientas bajas británicas y otras tantas españolas; aunque habría que añadir mil soldados fallecidos por enfermedad durante o a consecuencia de la travesía atlántica.

⁹⁷ GUERRERO ACOSTA, op. cit., pp. 207-208.

⁹⁸ Ver nota n.º 71.

Por otra parte, además de la campaña militar de Bernardo de Gálvez, no puede olvidarse la conquista de las islas Lucayas (Bahamas) por la expedición que dirigió el mariscal Juan Manuel de Cagigal, entonces capitán general de Cuba.

La ayuda española que hizo posible la victoria de George Washington en Yorktown

Otro aspecto fundamental lo constituyen las providenciales aportaciones económicas y de suministros realizadas por España en la fase final de la guerra. Si la trascendencia de una batalla está siempre vinculada al hecho de que pueda calificarse o no de decisiva, la batalla de Yorktown lo fue sin duda. Lo fue porque decidió la guerra a favor de la revolución norteamericana⁹⁹.

En vísperas de esta batalla, Washington contó con unas tropas muy descontentas y desmoralizadas por hallarse en pésimas condiciones. Estaban mal armadas y pasaban hambre, se les adeudaba varios meses de sueldo y sabían que combatirían contra un ejército tres veces superior. El general norteamericano pidió al intendente de su ejército, Morris, que consiguiera dinero en metálico para pagar a sus hombres sus haberes atrasados en metálico, pero éste le contestó que le resultaba imposible conseguir dinero de los posibles proveedores (España y Francia) con las «notas» (letras de cambio) devaluadas de que disponía.

Tras el intento fallido de Washington con Morris, Rochambeau escribió al almirante francés De Grasse, quien a su vez solicitó en vano dinero al gobernador de Haití (cuyas arcas estaban exhaustas) y luego al capitán general de Cuba a través del marqués de Saint Simon. Tales negativas resultaban nefastas para la campaña militar de Washington y para la propia revolución norteamericana, ya que si Washington no conseguía la enorme suma de un millón doscientas mil libras tornesas (dos mil trescientos pesos de plata), no sólo carecería de la flota francesa para el necesario bloqueo naval durante la batalla de Yorktown, sino que además las desertiones de sus tropas le dejarían sin ejército en el propio campo de batalla. Washington necesitaba un verdadero milagro y lo tuvo gracias a España y, más concretamente, a las damas cubanas de La Habana y de Matanzas. La donación de las libras tornesas acuñadas en plata realizada por las damas cubanas (sin

⁹⁹ En nuestra guerra civil, la batalla del Ebro constituye un buen ejemplo de batalla decisiva.

intereses ni devolución) permitió pagar las ochocientas mil que se debían a los marinos y soldados de la expedición de De Grasse en concepto de sueldos atrasados, así como también las cuatrocientas mil para saldar las pagas atrasadas de las tropas de Washington. ¿Qué hubiera ocurrido si la flota francesa no hubiera podido partir de Cabo Haitiano hacia Virginia y, por tanto, no hubiera realizado el bloqueo por mar durante la batalla? ¿Qué hubiera ocurrido también si los soldados de Washington no hubieran cobrado sus haberes atrasados precisamente cuando su irritación era creciente y entre ellos corrían voces que animaban a la desertión? El milagro de las libras tornesas procedentes de La Habana y de Matanzas se realizó en un momento crucial de la campaña militar de Washington y en vísperas de la batalla de Yorktown. Sin esta donación tan providencial, Washington hubiera perdido esta batalla que resultó ser decisiva en el desenlace de la guerra. ¿Por qué entonces los libros de historia de EE.UU. omiten la contribución económica de los cubanos, entonces españoles, a pesar de haber resultado tan importante y aun decisiva en la guerra de la independencia norteamericana? ¿Por qué los historiadores norteamericanos han silenciado este hecho histórico sobre el que existe abundante y muy conocida documentación, incluso en los mismos Archivos Públicos de la Biblioteca del Congreso de EE.UU.?

En definitiva, se produjo el primer milagro. Washington pudo contar con la necesaria participación de la flota de De Grasse y logró conservar sus tropas mediante el pago de los haberes atrasados y promesas de conseguir el avituallamiento necesario. Pero Washington necesitó también un segundo milagro en Yorktown: conseguir armamento y suministros para sus tropas.

El congreso continental contaba con una enorme deuda exterior y sus fondos eran muy escasos, y además Morris había confesado a Washington que no podía afrontar nuevos gastos. ¿Acaso Francia? Aunque contaba con la buena voluntad de Luis XVI y su gobierno, la grave situación económica de Francia no le permitía aportar al ejército de Washington un material tan valioso que el congreso continental no podía pagar. Como Holanda tampoco estaba en condiciones, la única esperanza de los norteamericanos era recurrir como siempre a la generosidad de España. Por tanto, el segundo milagro corrió a cargo de la corona de España y, muy poco después de la mencionada donación cubana, una expedición salió de La Habana con armas, pólvora, municiones y mantas para el ejército de Washington.

Tras rendirse el general Cornwallis en Yorktown, el propio conde de Rochambeau escribió al conde de Aranda, embajador de España en París, para expresarle su agradecimiento por la ayuda prestada por los españoles en relación con esta batalla y, muy especialmente, a los vecinos de La Habana.

Por último, hay que insistir en que el curso de la guerra empezó a ser favorable a los norteamericanos precisamente justo a partir del momento en que éstos empezaron a recibir el apoyo directo del nuevo gobernador de Luisiana, Bernardo de Gálvez, quien además debería figurar, en justicia, al mismo nivel que Washington y otros héroes de la independencia norteamericana, ya que fue uno de los principales artífices.

Es cierto que EE.UU. dispuso de la ayuda de Francia y de Holanda, pero la intervención de la corona de España resultó aún mucho más importante (además de decisiva) en términos comparativos, aunque por desgracia, y de forma muy injusta, ha sido frecuentemente infravalorada y deliberadamente «ignorada», tanto por la historiografía francesa como por la anglosajona.

Pero, como paradoja al propio intervencionismo de España en la guerra a favor de la revolución norteamericana, se produjo la evolución futura que el conde de Aranda supo pronosticar con clarividencia y gran precisión en el famoso memorial que se le ha atribuido: «...*los jóvenes EE.UU. se convertirán en un coloso político y ejercerán una fuerte atracción sobre los europeos; amenazarán las posesiones españolas en Norteamérica y servirán de modelo a los habitantes de Hispanoamérica para hacerse independientes de España...*»¹⁰⁰.

Hace unos años, el gran novelista norteamericano F. Scott Fitzgerald dio una conferencia muy celebrada en Miami (3-07-96), en la que manifestó que «...*Francia es una nación, los ingleses forman un pueblo, pero América (EE.UU.) es una idea...*»¹⁰¹. Si esa idea salió de la abstracción, para luego hacerse realidad, puede concluirse que se debió en gran medida a la corona de España. Los hechos hablan por sí solos.

FUENTES CONSULTADAS:

Fuentes documentales: Archivo Histórico Nacional, Madrid (A.H.N.).

Sección Diversos: Doc. n.º 501.

Sección Estado: Legs. 3.884 y 3.898 bis.

Sección Títulos de Nobleza y Grandezas: Leg. 5.085, n.º 2; y Lib. 2.753, n.º 4.

¹⁰⁰ El conde de Aranda sostenía que la única forma de prevenir estos acontecimientos era que Carlos III concediese la independencia a los territorios ultramarinos, con príncipes españoles como reyes, y que él asumiera el título de emperador, para así preservar al menos la soberanía española. Pero aunque el rey, muy envejecido y en muchos aspectos aislado, hubiese tenido la fuerza necesaria para tomar decisiones tan trascendentales, resulta muy dudoso que sus súbditos españoles hubieran tolerado tales pasos, ya que tenían la imagen de Hispanoamérica como colonias de la metrópoli, como lo indica la reacción de España frente a las luchas independentistas que estallaron dos décadas después de la muerte del monarca.

¹⁰¹ FERNÁNDEZ CAUBÍ, 1996, p. 10-A.

BIBLIOGRAFÍA

- Coming to the Americas*. XXVIIIth Congress. International Commission of Military History, Norfolk (Virginia), 2002. Actas del congreso editadas por la U.S. Commission on Military and the Cantigny First Division Foundation, 2003.
- ALCÁZAR MOLINA, Cayetano: «Los virreinos en el siglo XVIII», en *Historia General de América*, Editorial Salvat, Barcelona, 1945.
- ATIENZA, Julio (barón de Cobos de Belchite: *Títulos nobiliarios hispano-americanos*. Aguilar, Madrid, 1947.
- BONZAL, Stephen: *When the french were here*. Fort Washington, Nueva York, 1945.
- CALLEJA LEAL, Guillermo y O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, Hugo: *1762. La Habana Inglesa. La toma de La Habana por los ingleses*. Ediciones de Cultura Hispánica, Agencia Española de Cooperación Internacional, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1999.
- CARLOS, Alfonso de: «Don Bernardo de Gálvez en Luisiana y Florida», en *Mundo Hispánico*, n.º 339, junio, 1976.
- CAUGHEY, John W.: «Bernardo de Gálvez and the english smuggles on the Mississippi», en *Hispanic American Historical Review*, febrero, 1932.
- CAUGHEY, John W.: *Bernardo de Gálvez in Louisiana: 1776-1783*. Pelican Publishing, Berkeley, 1972.
- Catálogo alfabético de los documentos referentes a Títulos del Reino y Grandezas de España conservados en la sección de Consejos suprimidos*. Publicaciones del Archivo Histórico Nacional, Madrid, 1953.
- CUBEÑAS PELUZZO, José Antonio: *Presencia española e hispanidad en La Florida desde el descubrimiento hasta el bicentenario*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1978.
- CHACÓN Y CALVO, José María (conde de Casa Bayona): «El documento y la reconstrucción histórica», en *Revista Avance*, La Habana, 1925.
- FERNÁNDEZ CAUBÍ, Luis: «Españoles y cubanos en la independencia de las Trece Colonias», en *Diario de las Américas*, Miami, 4 de julio de 1996, p. 10-A.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*. Madrid, 1900.
- FERNÁNDEZ SHAW, Carlos M.: *Presencia española en los Estados Unidos*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1972.
- GUERRERO ACOSTA, José Manuel: *De las trincheras de Gibraltar a las arenas de Pensacola: el ejército español en la independencia de los*

- Estados Unidos*. Ver en esta bibliografía: Acta: Coming to the Americas. XXVIII th Congress. International Commission of Military History...
- GONZÁLEZ PALENCIA, Ángel: *Extracto del catálogo de documentos del Consejo de Indias*. Conservados en la sección Consejos del Archivo Histórico Nacional. Madrid, 1920.
- Informe quinquenal de la Cátedra de Historia de América. Universidad de La Habana, 1947, 1952 y 1957.
- MACÍAS NÚÑEZ, Edison: *La independencia de Estados Unidos de Norteamérica*. Ver en esta bibliografía: Acta: Coming to the Americas. XXVIIIth Congress. International Commission of Military History...
- MEDINA, José Toribio: *Noticiosa, verica triunfante y victoriosa relación que declara y da noticia del feliz vencimiento y victorioso aplauso que han tenido las catholicas armas de nuestro augusto monarca el señor don Carlos tercero (Q.D.G.) en la restauración de la plaza de Oanzacola, La Florida, y otras diferentes que va restaurando la corona de España a el rey británico, todo conseguido la solicitud, y cuydado de los excmos. sres. D. Josef Solano, general del mar, y don Bernardo Gálvez, general de tierra, sucedido el día 8 de mayo de 1781, con todo lo demás que verá el curioso de esta primera parte. Con licencia: En Sevilla, por Josef Padrino, en la calle Génova.-Segunda parte que refiere la inbasion, y bloqueo de La Florida, y otras belicosas, noticias curiosas, las fiestas, aplausos y festejos que en acción de gracias ha ofrecido a la Divina Magestad el puerto de La Havana, y ahora nuevamente la imperial, y coronada villa de Madrid, con todo lo demás que verá el curioso lector*. Biblioteca Hispano-americana (1493-1810), Imprenta Elzeveiriana, Santiago de Chile, 1902, tomo VI.
- MOROTE CHAPAS, Francisco: *Notas y noticias sobre don Matías Gálvez, virrey de Nueva España*. Anales del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Valencia, Tipográficas Vivas Mora, Valencia, 1930.
- O'DONNELL, Hugo y CALLEJA, Guillermo: *1762. La Habana Inglesa. La toma de La Habana por los ingleses*. Ediciones de Cultura Hispánica, Ministerio de Asuntos Exteriores, AECI, Madrid, 1999.
- OROZCO Y BERRA, Manuel: *Historia de la dominación española en México*. México, 1938.
- PEZUELA, Jacobo de la: *Sitio y rendición de La Habana en 1762*. Imprenta de Rivadereyra, Madrid, 1859.
- PEZUELA, Jacobo de la: *Historia de la isla de Cuba*. Carlos Bailly-Bailliere, Madrid, 1878.
- PIETSCHMANN, Horst: «Carlos III (1759-1788)», en *Los reyes de España*, Bernecker, Collado y Hoser editores, Siglo XXI, Madrid, 1999.

- PORRAS MUÑOZ, Guillermo: *El conde de Gálvez*. C.S.I.C., Madrid, 1954.
- PORTELL-VILÁ, Herminio: *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*. Editorial Montero, La Habana, 1938.
- PORTELL-VILÁ, Herminio: *Los otros extranjeros en la revolución norteamericana*. Ediciones Universal, Miami, 1978.
- SANTA CRUZ Y MALLÉN, Xavier de (conde de San Juan de Jaruco y de Santa Cruz de Mopox): *Historia de las familias cubanas*. Editorial Hércules, La Habana, 1943.
- SERNA, Blanca de la: «Bernardo de Gálvez. Héroe de la Independencia de los Estados Unidos», en *Mundo Hispánico*, n.º 339, junio, 1976.
- SOUVIRÓN, Sebastián: *Bernardo de Gálvez, virrey de México*. Excelentísima Diputación Provincial, Málaga, 1946.
- STRICK, Lisa S.: *The black in the era of the american revolution*. Smithsonian Institution, Washington D.C., 1973.
- TEIXIDOR, Felipe: *Noticias y reflexiones sobre la guerra que se tiene con los indios apaches en las provincias de Nueva España, escritas por el conde de Gálvez y publicadas por Felipe Teixidor*. Anales del Museo Nacional, México, 1925.
- TEJERA, Eduardo J.: *La ayuda cubana a la lucha de la independencia de los Estados Unidos*. Editorial Bilingüe, Miami, 1972.
- THOMSON, Buchanan Parker: *Ayuda española en la guerra de la independencia norteamericana*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1967.
- TORRES Y VALCÁZAR, Pilar: «Relación de expedientes de títulos nobiliarios que se conservan en el archivo del Ministerio de Justicia», en *Revista Hidalguía*, núms. 28 y 29, Madrid, 1958.
- VÁZQUEZ DE ACUÑA, Isidoro (marqués García del Postigo): «El conde de Gálvez», en *Revista de Historia Militar*, año V, n.º 9, Estado Mayor Central del Ejército, Servicio Histórico Militar, Madrid, 1961.